

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluye en 31 del presente mes, se servirán renovarlo oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo ó certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envíen en carta certificada.

PARTE EXTRANJERA.

La famosa enmienda de los 46 al proyecto de contestación al discurso imperial, fué discutida en la sesión celebrada el 19 de este mes en el Cuerpo legislativo francés. Estos 46 diputados pertenecen á aquel tibia color que tanto desagradó á Napoleón, á quien no gustan sino los colores bien definidos. El objeto de la enmienda era pedir concesiones liberales cuya oportunidad sostenían los autores de la proposición habiendo llegado contra el dictamen del Gobierno y de la comisión. A los discursos pronunciados en defensa de la enmienda contestó largamente el Sr. Rouher, ministro de Estado, haciendo la apología del régimen imperial, el más sabio, el más prudente, el más justo de todos los sistemas políticos posibles, según el miembro del Gabinete francés. Poco, ó mejor dicho, nada debe importar á nuestros lectores lo que el señor Rouher dijo sobre este punto; pero si creemos verán con gusto la anatomía que hizo del Gobierno parlamentario ensalzado por los autores de la enmienda. En ese análisis anduvo el ministro bastante acertado.

¿Qué es el Gobierno parlamentario? preguntaba el orador ministro, y hé aquí cómo se contestaba:

«El Gobierno parlamentario tenía por jefe un Monarca irresponsable. Esta declaración de irresponsabilidad colocaba el Trono por encima del movimiento cotidiano de la política. El Soberano irresponsable no debía jamás mezclarse en las luchas incesantes de los partidos. Según unos, no debía nunca tomar parte en la política; su papel y su oficio estaban reducidos á reinar. Según otros, le era permitido intervenir y tomar parte en los negocios, pero de una manera latente, velada, en reserva, con discreción.»

Después de haber definido con tanta exactitud el bello papel que el liberalismo reserva á los Reyes parlamentarios pasó el ministro al examen de lo que es el poder ejecutivo en ese sistema.

«La autoridad ejecutiva, dijo, residía en el Consejo de ministros. ¿Y cuál era su origen, el modo de formarse y su duración? La autoridad ejecutiva era formada por la Cámara de los diputados. Su elección, aunque indirecta, no era por eso menos real: la Cámara decidía la formación del Gabinete. El jefe del Estado nombraba los ministros; pero no era él, propiamente hablando, sino el oficial del estado civil encargado de formar nota de la voluntad de la Cámara de los diputados.»

«El poder ejecutivo nacía, pues, de la Cámara misma. ¿Una vez creado, una vez constituido, gozaba de alguna independencia, de una duración determinada? No: su obra de todos los días era tratar de vivir, de sostenerse, de luchar para no caer.»

«De este modo, en la base misma de esta organización, en lugar de la separación de los poderes que tanto se pondera, no se halla sino la confusión, no se ve sino el poder ejecutivo naciendo, viviendo y muriendo por obra del poder legislativo. La historia está ahí para mostrar cuál era la fuerza de ese Gobierno devorado sin cesar por la iniquidad del día siguiente.»

Del examen del papel que el Soberano y el ministerio representan en el régimen parlamentario, pasó el ministro al de la Cámara. Píntase muy á la viva la presión que los electores ejercían sobre los diputados, forzados á invadir las regiones administrativas para poder satisfacer exigencias y ambiciones individuales.

«Y todavía, continuó el ministro, existía para esta Cámara otra causa de perturbación. Esta Asamblea estaba en gran parte compuesta de empleados, y estos diputados empleados hacían de ella un pedestal, una fuerza para su ambición. ¿A qué se reducía el debate solemne de cada año, sino á una especie de torneo abierto á la elocuencia, donde se disputaba incesantemente el poder? Una lucha ardiente, en que las pasiones se abandonaban á sí mismas, donde los hechos eran desnaturalizados, la palabra corrupción pronunciada incesantemente, de donde salían sin intermisión excitaciones á las violen-

cias revolucionarias. ¡Lucha violenta y ciega á que la revolución respondía invadiendo este recinto! Hé aquí lo que era el Gobierno parlamentario.»

Nada queremos nosotros añadir. Aunque faltan algunos perfiles, la pintura está bastante bien hecha para que nosotros no demos razón en este punto al ministro de Napoleón.

Ya expusimos ayer nuestro modo de ver en la cuestión austro-prusiana. Insistiendo siempre en creer improbable una ruptura entre ambas Potencias, no queremos ocultar, sin embargo, que el lenguaje de los periódicos de una y otra nación respira aires guerreros. Poco caso haríamos de lo que dicen los periódicos en general si no viéramos entre ellos algunos cuyas palabras no pueden dejar de tomarse en consideración. Tal es la *Gaceta de la Cruz*, diario prusiano ministerial, que ocupándose de los preparativos de Austria y Sajonia, los califica de un hecho grave. La situación poco desahogada de Austria en punto á intereses, es para este diario una prueba de que el gobierno austriaco debe abrigar intenciones serias de guerra cuando se empeña en esos gastos. La *Gaceta* dice que «en esta situación, es deber de Prusia no dejarse sorprender. La situación, continua, se agrava pues cada vez más, pero la responsabilidad debe posar sobre los que han dado principio á las amenazas militares. Un paso fatal ha tenido lugar, concluye la *Gaceta*.»

Los diarios austriacos, y entre ellos algunos afectos al gabinete de Viena, se espresan también con calor, y de aquí, que vengamos á la disyuntiva de ayer. O todo esto es una comedia conocida, ó existen temores serios de un rompimiento. Como lo primero nos parece hasta absurdo, por eso sin exagerada importancia á estos temores, nos vemos obligados á creer que las relaciones entre ambos países siguen algo tirantes.

TELEGRAMAS.

BERLIN, 20.—La *Gaceta de la Cruz* prueba que el Austria hace preparativos militares, y de esto deduce que el Austria piensa en hacer la guerra.

La Prusia no debe, pues, dejarse sorprender. La responsabilidad incumbe al que ha principiado las amenazas militares.

FLORENCIA, 20.—Un meeting celebrado en esta capital ha enviado las gracias á la ciudad de Messina por haber elegido diputado á Mazzini.

CONSTANTINOPOL.—La Puerta sostiene que lo union de los Principados debe ser regida por un hospodar indígena, y no consentirá en este asunto una excepción.

PARIS, 20.—En toda la Moldavia reina completa tranquilidad.

MALTA.—Se ha levantado la cuarentena para las procedencias de Egipto.

VIENNA, 20.—Han salido artillería y muchas brigadas de infantería y caballería con dirección al Norte.

BERLIN, 21.—Como el Austria concentra sus tropas y prosigue en sus preparativos militares; la Prusia debe igualmente proceder á los armamentos, á fin de prevenir las eventualidades.

LONDRES, 21.—El *Morning-Post* desmiente que la Prusia haya enviado á Viena declaraciones para evitar los temores de la guerra. Las relaciones del Austria y la Prusia adquieren cada día más tirantez.

IDEM, 21.—La enmienda en que se pide la jurisdicción de los tribunales en vez del régimen administrativo para la prensa, ha sido desechada por 188 votos contra 65.

El mensaje en su totalidad ha sido aprobado por 251 votos contra 17.

Una diputación lo presentará al juéves al Emperador.

COPENHAGUE, 21.—El ministro de Marina ha declarado al Folksting (Cámara) que en vista del estado amenazante de Europa, Dinamarca renuncia á enviar sus buques á los mares del Japon y á otros países lejanos.

NUOVA-YORK, 10.—Las noticias de Panamá anuncian que el almirante español Mendizábal ha propuesto al Gobierno de Chile un armisticio con la condición de volver la *Covadonga* y los prisioneros.

Chile lo ha rehusado.

Entonces el almirante español ha invitado al ministro de Relaciones extranjeras que viniera á bordo de la fragata almirante para proponer un arreglo.

El Gobierno chileno ha respondido que ninguna proposición de arreglo debía ser hecha sino en la capital de Chile.

Reina en el Canadá gran agitación, temiendo una invasión fenicia con motivo de la fiesta de San Patricio.

El Gobierno del Canadá ha llamado diez mil voluntarios á las armas, y está haciendo preparativos para defender la frontera.

El algodón está á 42.

PARIS, 22.—Las noticias de Nueva-York alcanzan al 10.

Se ha formulado acusación criminal contra Mac-Kenna y Rogers, agentes del Gobierno chileno, por haber violado los derechos de neutralidad.

Se cree que el Gobierno del Canadá suspenderá el *Habes Corpus* antes de la fiesta de San Patricio.

El *Diario de Dresde* asegura positivamente que el Gobierno sajón no ha dado órdenes ni para movilizar las tropas, ni para llamar las reservas.

BERLIN, 21.—La *Correspondencia provincial* desmiente la misión de Mantuffel á Viena y que Inglaterra haya propuesto al Gabinete de Berlín una mediación en caso de un conflicto eventual con el Austria.

PARIS, 22.—El Emperador Napoleón, al recibir el mensaje, dió las gracias á los diputados por haber asegurado de nuevo una política que ha dado á la Francia quince años de calma y prosperidad, añadiendo:

«Todos queremos la estabilidad, el progreso y la libertad, pero una libertad que ilustre la administración, discutiendo los actos del Gobierno y no la libertad, de que á veces se sirven como de un arma para derribarla.»

«Los altos destinos de la Francia se cumplirán. Después de nosotros, nuestros hijos completarán esa grande obra. Yo estoy asegurado por el concurso de los grandes cuerpos del Estado, por la leal adhesión del ejército, por el patriotismo de todos los buenos ciudadanos y por la protección divina.»

Dicen de Roma que el día 10 salió el diputado César Cantù en dirección á Florencia. No tenía comisión alguna, pero en la larga audiencia que el Papa le concedió, pretendió que ha pedido á Su Santidad que autorizase á los católicos para tomar una parte activa en las elecciones del reino de Italia, y que los invitase á elegir diputados conservadores. El Padre Santo contestó que no podía decir á los italianos que fuesen á votar ni incitar á nadie á que se hiciese elegir diputado, pero que con toda la expansión de su corazón bendecía á los católicos que hacen todo cuanto de ellos depende para elegir un diputado conservador, y bendecía especialmente á los que van al Parlamento á defender la causa de la Iglesia.

El conde de Flandes permanecerá en la ciudad Santa hasta después de Pascua.

Para el arreglo de la cuestión concerniente á la deuda pontificia, han empezado en París las negociaciones correspondientes entre un antiguo diplomático, Mr. de Corcelles, amigo particular de Pío IX, y el comandante Nigra, embajador de Italia, encargado de poderes especiales al efecto. Monsieur de Corcelles no ha entrado, empero, en negociaciones en nombre del Padre Santo, que no quiere dar á nadie una comisión oficial para este negocio, ni intervenir en el directamente, sino como agente oficioso de los intereses católicos, y en provecho del Gobierno pontificio.

Parece que la base del arreglo es la siguiente: Trátase, no de transferir al Gobierno italiano tal ó cual parte de la deuda pontificia, sino de designar la cantidad anual ó mensual que se pondrá á disposición del Sumo Pontífice para hacer frente á la parte de la deuda correspondiente á las provincias separadas del dominio de la Santa Sede.

Con estas condiciones se ha podido entablar la negociación.

Parece que la Francia, en la conferencia reunida en París, sostiene energicamente la necesidad de que continúen unidos los Principados del Danubio.

En la sesión que celebró el 1.º del corriente el Congreso sanitario reunido en Constantinopla, el representante de Turquía manifestó que no podía aceptar su Gobierno la incomunicación que en la sesión anterior se había propuesto de los puertos de Arabia y el litoral de Egipto en el caso de desarrollarse el cólera en las caravanas.

Son interesantes las noticias que comunican de Trípoli con referencia á los sucesos del Líbano, fecha 12 del actual.

El ejército turco, fuerte de 8,000 hombres, se puso en movimiento el 1.º de Marzo para atacar á José Karam en sus posiciones de Benache, teatro de su victoria de 28 de Enero. Sin embargo, Daoud-Baja, general en jefe, se había quedado en Trípoli, dejando encargada la dirección de las operaciones á uno de sus oficiales, y no dignándose, según parece, medir sus fuerzas con el jefe de las tribus del Líbano.

Mientras se trataba de envolver á Karam por todas partes, este, al frente de 400 hombres, sostenía el ataque de una columna de 3,000 turcos apoyados por la artillería de montaña. La acción, empeñada á las ocho de la mañana, duró una gran parte del día. Los habitantes de Trípoli y otros pueblos inmediatos se habían trasladado á las montañas para presenciar de lejos esta lucha tan desigual: es ocioso decir los votos que los cristianos hacían por el jefe, cuyo valor en el campo de batalla es preciso reconocer, y á quien los maronitas consideran como la esperanza de su porvenir.

Después de algunas horas de fuego se vió que Karam abandonaba al ejército turco Benachi y otras dos aldeas; pero esto era un ardid de guerra; se replegó en el desfiladero llamado Akabat

Ayrouna, punto de paso muy difícil. Los turcos, alentados por su número y por la retirada aparente del enemigo, se internaron en estos estrechos desfiladeros; Karam les dejó penetrar muy adentro y luego les cargó impetuosamente, haciendo en ellos grandes estragos. Los turcos se replegaron hacia Bedel; más por fortuna para ellos los musulmanes de los distritos vecinos acudieron al ruido del tiroteo y ayudaron á sus correligionarios á efectuar su retirada. La noche vino á separar á los combatientes.

Por la noche llegaron también los maronitas en gran número á socorrer el pequeño ejército de Karam, y al día siguiente 2 de Marzo, fiesta de San Juan Maron, primer Patriarca de la nación, los compañeros del joven jefe maronita juraron vencer ó morir para honor del que fundó su nacionalidad. La acción se hizo en breve general. Los maronitas se batían con preferencia con arma blanca, dirigiéndose especialmente contra los artilleros turcos, algunos de los cuales fueron muertos al pie de sus cañones. Por último, el ejército turco hizo un movimiento retrógrado hacia el Villorio de Zagorha y al fuerte del Laler; algunos regresaron á Trípoli. Ellos mismos confiesan haber tenido 500 muertos y 500 heridos. Karam no tuvo 100 bajas, al decir de los maronitas.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 25 DE MARZO DE 1866.

No solemos hacer reseñas de Cortés: nos contentamos con insertar el extracto de las sesiones y llamar brevemente la atención sobre algún notable incidente ocurrido en ellas. Hoy tendremos que ser algo más extensos que de costumbre al referir lo ocurrido ayer en el Congreso, porque con dificultad pasará en política nada más importante y trascendental en toda la legislatura.

Apresurémonos á decirlo: el voto particular de los señores Nocedal y Cláros, el proyecto de ley sobre incompatibilidad absoluta suscrita por el primero, ha sido tomado ayer en consideración en votación nominal por 94 votos contra 76.

Esto significa que la mayoría parlamentaria del Gobierno y de la Unión liberal ha aprobado explícita y terminantemente el pensamiento de los diputados que sostienen en el Congreso nuestras ideas, y lo ha aprobado dejando al ministerio en minoría.

¿Cómo se explica este suceso?

Para conocer sus causas, hay que volver la vista atrás.

El Sr. Cláros, con su talento analítico, su estilo sencillo y su notoria sinceridad y buen deseo había desmenuzado los abusos que se cometían á la sombra del sistema parlamentario, y el Sr. Nocedal lo había sintetizado todo en su magnífico discurso de antes de ayer. Ya dijimos el inexplicable efecto que este discurso había producido en la mayoría misma del Congreso, y si no lo expresamos con vivos colores fué por el temor de que se nos tachara de parciales. Pero la verdad se ha demostrado ayer, no sólo en la Cámara, sino en la prensa: la impresión que el discurso del ilustre diputado por Navarra hizo en su auditorio y hasta en sus lectores, fué profunda, y pocos triunfos parlamentarios se contarán de tanta importancia como el que esa peroración ha proporcionado al Sr. Nocedal y la nobilísima causa que con él defendemos nosotros.

Pero hay que remontarse todavía más. Nuestras ideas están ya en la atmósfera misma del Congreso. Mil veces hemos dicho que una cosa son los diputados en los pasillos y en el salón de conferencias, y otra en el de sesiones. En aquellos se nos dice con frecuencia: «teneis razon; vosotros sois los únicos verdaderos amigos de la libertad verdadera, porque lo sois de la verdad. Vosotros proponéis los únicos medios de salvarnos y de salvar el Gobierno representativo; pero...»—Si señor, contestamos: pero todos tenemos necesidad de grandes sacrificios, y la patria exige que empecemos haciéndolos nosotros.

Estos sacrificios no se hacen, por consideraciones en que no queremos entrar: no se hacen y lejos de ello se abren portillos á la ley de incompatibilidades para que entren los amigos, los empleados del Gobierno: y se interpreta la ley, y muchas veces con la interpretación se desvanecen el espíritu de la ley.

Estas ideas que manifiestan los diputados, y sobre todo los diputados jóvenes y noveles, no son suyas; son el reflejo de la conciencia pública, de los sentimientos que en las provincias predominan y están deseando escaparse de los pabios de esos diputados. Si se detienen es porque el Gobierno les dice que tal ó cual cuestión es de las que se llaman de gabinete, y como ellos no han venido á derribar ni á formar ministerios, transigen y siguen al ministerio aun en ese camino que no es el que les parece recto y seguro.

Pero cuando, como ayer sucedió, el Gobierno por órgano del Sr. Posada Herrera declara noble y paladinamente que la cuestión es libre, que no ha de influir en la caída del ministerio, entónces esos honradísimos diputados á quienes aludimos, siguen sin vacilar los impulsos de su corazón y su conciencia y votan con nosotros que les mostramos la verdad, como votarían con cualquiera que llevara también la verdad por divisa.

Así se explica el triunfo del Sr. Nocedal, nuestro gran triunfo, el triunfo de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL en la sesión de ayer. Porque ni EL PENSAMIENTO, ni nuestra minoría del Congreso, ni el Sr. Nocedal proceden como partido político; sino como verdaderos patriotas en el sentido más noble de esta palabra, como gentes consagradas á buscar el bien donde quiera que se encuentre, y á proporcionárselo á sus mismos adversarios.

En esta como en todas ocasiones, nuestra conducta es generosa y desprendida, llena de abnegación porque no trabajamos en provecho propio, porque no buscamos NI QUEREMOS el poder, y por eso es altamente simpática, sobre todo para esa juventud no maleda todavía por las defecciones y transacciones de conciencia, para esos hombres de buena fe que no andan á caza de grandes posiciones sociales armados con los lazos de la intriga.

Todo esto explica nuestro gran triunfo en la sesión de ayer; triunfo que más que al Sr. Nocedal, más que á nosotros honra á la mayoría del Congreso que votó la incompatibilidad absoluta, á pesar de ser propuesta por el Sr. Nocedal y por los diarios religiosos-monárquicos.

La gloria del Sr. Nocedal es su valor y perseverancia en sostener la verdad y en proclamarla. Nunca más oportunamente que ahora ha podido decirse que la razón acaba siempre por tener razón.

La discusión, como saben nuestros lectores, había terminado en la sesión de antes de ayer: quedaban solamente algunas rectificaciones interrumpidas por incidentes de chismografía parlamentaria y con estas rectificaciones se consumieron las primeras horas de la sesión de ayer. Hasta los chismes, los dimes y diretes á que acabamos de hacer referencia predisponían á favor de un enérgico correctivo contra cierta clase de abusos.

Rectificó el Sr. Romero y Robledo haciendo un nuevo discurso, rectificó el Sr. Cláros, vindicándose de algunas ligeras imputaciones que le había hecho el Sr. Escosura, rectificó el señor Escosura dejando al Sr. Cláros en el lugar que le corresponde, y rectificó el Sr. Nocedal respondiendo brillantísimamente á ciertas objeciones y lo que es más importante, ratificándose en que sus opiniones eran anti-liberales y anti-parlamentarias.

Pues bien, después de todos estos discursos y declaraciones el Sr. Posada Herrera se levantó á decir que la cuestión era libre, que en materias que atañen á la honra del diputado nadie era juez, sino el diputado mismo, esto es, el Congreso; pero que hallándose este al principio de la legislatura y siendo toda ley de incompatibilidades propia de los últimos tiempos de cada diputación, el gobierno votaría en contra.

Bajo estos auspicios se verificó la votación que dió el resultado que hemos consignado al principio de este artículo.

Imposible es de describir el efecto que produjo en el Congreso. El general O'Donnell y tras él todos los demás ministros abandonaron el salón visiblemente afectados. La comisión abandonó su banco, que serena y tranquilamente fueron á ocupar los señores Nocedal y Cláros. Varios diputados se apresuraron á pedir la palabra en pró y en contra, el salón de sesiones quedó desierto y el Sr. Romero y Robledo, desconcertado, pálido y con voz lúgubre y descompuestos ademanes empezó su discurso diciendo:—«Señores diputados, todos me abandonais; no parece sino que estamos asistiendo á las exequias del cadáver del Gobierno representativo.»

Por este tono y por esta manera melodramática continuó dando voces y haciendo funestísimos augurios. No parece sino que el orbe se desquiciaba y el cielo se venía abajo porque el Congreso acababa de votar que ningún empleado pueda ser diputado.

Al Sr. Romero y Robledo le contestó el señor Polanco en un discurso lleno de grandes verdades y de sentido común, expuestas con suma franqueza. Pero apenas había nadie que escuchara á los oradores. La sesión moralmente se había trasladado al salón de conferencias, donde el general O'Donnell increpaba á la mayoría por haberle abandonado, donde él mismo declaraba que lo lógico era hacer dimisión, y decía al Sr. Nocedal que él debía ser hoy el presidente del Consejo de ministros.

No pueden figurarse nuestros lectores lo que allí pasaba, y lo que se ideaba para echar abajo la resolución recién aprobada por el Congreso.

¡Echarla abajo! Imposible. Esas son voces escarpiadas sin duda por los enemigos del sistema parlamentario. El Congreso no ha de aprobar hoy una cosa para desecharla mañana. Los que eso dicen y los que eso trazan quieren herir de muerte a la actual mayoría y preparar otras elecciones.

Nosotros esperamos que los diputados sean consecuentes y respondan como a su dignidad corresponde, a las amenazas de los pasillos y a las declamaciones ridículamente pueriles con que se les quiere divorciar de la conciencia pública.

Para completar esta reseña, debemos advertir que el Sr. Ríos y Rosas se levantó del sillón de la presidencia para no votar, sin duda por no hacerlo en contra del Gobierno, y que los moderados, con ligeras y honrosísimas escepciones en favor de los buenos principios, se abstuvieron de tomar parte en la votación.

No lo extrañamos. ¿Qué sería de la plana mayor de ese partido, sin la plana mayor de empleados públicos?

OTRO DISCURSO ACADÉMICO.

ARTÍCULO II.

En nuestro primer artículo relativo a Idiscursio del Sr. Echegaray prometimos vindicar al Catolicismo, acusado por el nuevo académico de haber ahogado en nuestra España al génio de las matemáticas. Ciertamente esta injuriosísima acusación no se presenta con tanta claridad, con términos tan explícitos; pero la lectura del discurso persuade con entera certeza de que tal es el pensamiento de su autor, al cual se dirigen todas sus palabras. Bajo la formagallana del estilo y el lujo de la erudición científica, el Sr. Echegaray no ha podido ocultar el vehemente furor que le agita contra la fé de nuestros padres; furor llevado hasta el más ciego fanatismo, que ó no quiere ver ni aun las glorias de la patria, ó las sacrifica gustoso, dando rienda suelta á sus injustos y apasionados impulsos. Y á la verdad, ¿cómo pueden explicarse de otro modo las peregrinas especies que se leen en el discurso, de que la ciencia no tiene historia aquí en España, donde los reos, y la intolerancia religiosa, y la esclavitud del pensamiento ahogaban al génio impidiéndole lanzarse libre de fatales trabas al estudio de la ciencia que inmortalizó los nombres de Newton y de Leibniz?

Excusado es añadir, que el Sr. Académico no trae razón alguna especulativa ni de hecho para probar su acusación. Todo el fundamento de sus injurias se reduce á que el Sr. Echegaray conoce pocos matemáticos en España, y pues no tiene noticia de ellos, razon le parece concluir que no los ha habido sino en pequeño número, de lo cual debe tener la culpa el virus que inculcó en nuestra sangre una generación ciega y fanática. ¡Dios del cielo! ¿qué modo nuevo de discernir es este? «Yo no conozco un hecho: luego no existe. No se explica la razón de su no existencia: luego el Catolicismo tiene la culpa de él.» ¡He aquí la dialéctica del racionalismo y de la pasión más furibunda juntos en uno bajo la forma brillante de un discurso académico para combatir la fé.

¡Ah! no: el Sr. Echegaray no puede probar su desesperada tesis; el Sr. Echegaray no puede probar que el Catolicismo ha comprimido ni ahogado en España ni en parte alguna el génio de las ciencias en general y de las matemáticas en particular: la razón y la historia contestan negativamente á tamaña acusación, y lo que todavía es más, prueban todo lo contrario, prueban que es falsa, gratuita, calumniosa. «No puede negarse, dice el insigne Balmes, que quien oiga hablar de sujeción del entendimiento á una autoridad; quien oiga pronunciar esta palabra sin que se explique su verdadero significado, sin que se determinen los objetos con respecto á los cuales se entiende dicha sujeción, recelará que no haya aquí algo que se oponga al desarrollo del entendimiento; y si es amante de la dignidad del hombre, si es entusiasta de los adelantos científicos, si le agrada ver cual desplega sus hermosas alas el espíritu humano para lucir su vigor, agilidad y osadía, no dejará de sentir un tanto de aversión hacia un principio que parece entrañar la esclavitud abatiendo el vuelo de la mente, dejándola cual ave débil y rastrera. Pero si se examina el principio, tal como es en sí; si se aplica á todos los ramos científicos, y se observa cuáles son los puntos de contacto que con ellos tiene, ¿qué se encontrará de fundado en esos temores y sospechas? ¿qué de verdadero en las calumnias de que ha sido blanco el Catolicismo? ¿cuánto no se hallará de vacío, de pueril en las declamaciones que á este propósito se han publicado?» (1)

Aplique, pues, el Sr. Echegaray el principio católico, tal como es en sí á las ciencias matemáticas, y sirvase decirnos qué ve en él de contrario á las categorías fundamentales que presiden á estas ciencias, ni á su explicación y progreso? El Sr. Echegaray dice en su discurso que las verdades abstractas de las matemáticas son las leyes de dos grandes y universales categorías, la cantidad y el orden. Esto supuesto, ¿qué contradicción puede haber entre estos conceptos primarios y la doctrina, según la cual dispuso Dios todas las cosas con número, peso y medida, es decir, conforme á las categorías del

orden y de la cantidad, á que se refiere el señor académico? Con razón llamó á Dios Leibniz el gran geómetra, por la manera como ordenó los cielos, y Galileo dijo con grande profundidad y belleza que los cielos eran un libro escrito en la lengua de las matemáticas, cuyos caracteres eran figuras geométricas de admirable perfección. Pues ahora, ¿qué otra cosa viene á decirnos la Religión cuando nos declara la gloria de Dios por el orden de sus criaturas y singularmente por el que respaldado en los cielos que á su manera la pregona? Nosotros quisiéramos que nos dijese el Sr. Echegaray qué contradicción encuentra entre los conceptos de la sabiduría revelada, entre las ciencias puramente teológicas, y los conceptos abstractos de las ciencias exactas: mientras esta contradicción no se señale, que no se señalará, tenemos derecho á reputar por declamación vana y pueril, y aun por calumnia evidente la acusación lanzada contra el Catolicismo de comprimir el vuelo del génio que cultiva este ramo del humano saber.

¿Ni cómo ha de señalarse semejante contradicción, cuando es cierto, notorio, evidente que las matemáticas, como todas las ciencias, y más acaso que todas ellas han nacido y prosperado en los pueblos católicos á la sombra de la cruz, iluminadas por las verdades cristianas? Observa muy juiciosamente nuestro incomparable Balmes que lo que distinguía á Europa de los pueblos niños en la Edad Media era la abundancia de las ideas: la cual explica «el grande aprecio en que se tenía lo puramente intelectual aun en medio de la más profunda ignorancia; y por que se esforzaba el entendimiento en descollar también, cuando parece que no había llegado su hora.» Si entre los pueblos europeos se desplegó primero el entendimiento que la imaginación; ¿sabeis por qué? porque la primera ciencia engendrada por la fé cristiana, es la teología, la cual se dirige al entendimiento y lo eleva, y lo dispone para los demás estudios, singularmente para los abstractos, como la dialéctica y la metafísica, que tanto ardor inspiraron en aquella edad.

Ahora bien, ¿quién ignora que los conceptos primeros de las Matemáticas están tomados de la Metafísica cristianizada en la Edad Media por los filósofos escolásticos y singularmente por el ángel Santo Tomás de Aquino? Los conceptos de tiempo, número, cantidad, extensión, espacio, relación, etc., que tanta luz infunden por las matemáticas, ¿de quién la han recibido sino del cristianismo que ha conservado, ilustrado y perfeccionado las ciencias metafísicas? La idea de lo infinito, á que deben las matemáticas el gran vuelo de que se glorian hace tres siglos, ¿á quién se debe en toda su perfección y pureza? Un escritor no sospechoso por cierto en favor de la sana doctrina trae á este propósito una página de oro de que tomamos las siguientes líneas: «Las matemáticas sublimes, dice Gioberti, son un privilegio de la ciencia fundada en el dogma de la creación, porque sin él la idea de lo infinito no se puede adquirir con la pureza y realidad que le son propias.» (1)

Pero basta de consideraciones a priori. La historia las confirma del modo más luminoso. Jamás puso la Religión católica el más leve obstáculo que pudiera ahogar el génio ni retardar los progresos de las ciencias exactas. ¿Qué matemático se queja jamás de verse reducido por la fé á límites estrechos que angustiaran su mente impidiéndole explayarse libremente por espacios sin fin? Descartes era católico de fé, Leibniz lo era de convicción, Newton no pronunciaba ni oía pronunciar el santo nombre de Dios sin descubrirse. Cavalieri, que preparó la invención del cálculo infinitesimal, era jesuita. Nombres de religiosos de la insigne compañía llenan la historia de las ciencias matemáticas. Compasión nos da, pues, del Sr. Echegaray cuando le oímos hablar de libertad de pensar, como condicion sin la cual no es posible al génio lanzarse de lleno al estudio de las matemáticas. No eran por cierto libres con tan funesta libertad, sino esclavos de la fé, humildes hijos de la Iglesia, personas piadosas, las que han levantado las matemáticas en alas de su ingenio peregrino al alto punto en que hoy las contempla el señor Echegaray, que acaso no hubiera podido, á pesar de su profesión de libre-pensador, subir con su admiración á tan grande altura con las solas fuerzas de su pensamiento emancipado.

Concretándonos á nuestra España, pondremos término al presente artículo diciendo que jamás halló aquí tropiezo ni dificultad alguna, la inteligencia puramente especulativa que piden las ciencias abstractas. Donde florecieron los pocos matemáticos que cita el Sr. Echegaray, entre los cuales figura aquel que mereció y obtuvo los aplausos de Newton, bien pudieron florecer los que el Sr. Echegaray no conoce. Más decimos: aquí en España tuvieron libertad para especular ámpliamente aun en materias por extremo delicadas y aun peligrosas todos los que quisieron consagrarse á los altos estudios especulativos: ¿cómo no la habían de tener también los geómetras? Pero oigamos en este punto la explícita declaración de un compañero del Sr. Echegaray, de D. Lucio del Valle, que por cierto no contestó al nuevo académico como era de desear; oigámosle decir que «entre nuestros grandes teólogos y entre nuestros místicos, hay inteligencias elevadas, aptas para las más difíciles concepciones de la ciencia moderna. ¿Quién que haya leído alguna de esas obras antiguas en que se une la metafísica á la Religión, y á una y otra el sentimiento, no admira aquellos

«sublimes capítulos que tratan del espacio, del tiempo, de la eternidad, de lo infinito, de las inagotables dichas celestiales, ó de las penas y dolores eternos, presentados unas y otras en serie siempre creciente é interminable?» «En algunos de esos libros pudiera encontrarse toda la teoría de los infinitos de diversos órdenes, expuesta con precisión y claridad admirables; acudiendo para dar forma y relieve, por decirlo así, á tales pensamientos, unas veces á la ciencia de los números, otras á comparaciones y símiles geométricos, y aun á la gradación de magnitudes del mundo material.»

Después de esta magnífica declaración, nada tenemos que añadir. La nación en cuyo horizonte brillaban libremente tan altos, tan bellos y fecundos pensamientos, no tiene que reparar afrenta alguna: el Sr. Echegaray no tuvo razón para culpar al Catolicismo de semejante imaginaria afrenta.

JEAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

Leemos en El Diario Español:

«Dice La Epoca que los diputados catalanes votaron ayer en masa á favor del proyecto del señor Nocedal. Es cierto: también los referidos señores diputados votaron casi en masa en contra de lo que previene la ley vigente por la incompatibilidad de los ordenadores de pagos de los ministerios y de los directores de Beneficencia y Sanidad, con el cargo de la diputación á Cortes. Esto explicará á algunos lo que es el catonismo de los diputados por Cataluña.»

Y añade el mismo periódico:

«Treinta y seis fueron los diputados que al apoyar ayer el voto particular del Sr. Nocedal votaron en contra de lo mismo que habían defendido al discutirse la incompatibilidad de los ordenadores de pagos de Gobernación y Fomento. ¿Qué les habrá sucedido á estos señores para mudar de parecer en ocho días? ¿A través de qué nuevo prisma habrán visto ayer el asunto? «Fragilidad humana!»

Hemos copiado estos párrafos para tenerlos presentes en su día.

«Reconoció el Príncipe Cuza que había sido bien destronado el legítimo Rey de Nápoles, y ahora se resiste á reconocer su propio destronamiento.»

Esto dice en su número de anoche La Patria, defensor del reconocimiento de un reino fundado en parte sobre las ruinas del Trono del legítimo Rey de Nápoles.

Damos traslado á los periódicos progresistas de las siguientes líneas, que tomamos de un periódico de Sevilla:

«Escriben de Málaga, dice, que una ilustre dama de la aristocracia inglesa, viuda de uno de los ministros del gabinete británico durante la guerra de Crimea, reside actualmente en aquella ciudad. Esta señora, anida la citada correspondencia, es una de tantas convertidas al catolicismo por convencimiento propio antes de salir de su país. «Parecía natural que donde tanto se proclama la libertad religiosa y de conciencia y la santidad del hogar doméstico, se dejara á una madre educar á sus hijos según sus propias creencias. «Lejos de eso el gobierno inglés se ha creído con derecho de interponerse en el interior de esta familia nombrando un tutor para el hijo y un aya para la hija, que tienen la misión de acompañarles constantemente para evitar se contaminen al ponzoñoso hábito de una madre.»

«Estos funcionarios cumplen con tal celo su cometido que se les ha visto, un día en que sin duda por curiosidad habían consentido en que los hijos fuesen á la iglesia con su madre, y al observar que siguiendo el ejemplo de esta mojada sin dedos en el agua bendita al entrar, precipitábase hacia ellos y enjugábase la agua santa con sus pañuelos con la misma dureza que si se tratara de librarlos de una peligrosa impurificación. Sobran los comentarios.»

A continuación insertamos algunas noticias de las que encontramos en los periódicos de anoche y de esta mañana, relativas á la votación del Congreso:

—El presidente del Congreso no ha asistido á la sesión hasta última hora.

—Concluida la votación de esta tarde, el presidente del Consejo de ministros se ha dirigido de uniforme á Palacio.

—Es inexacto lo que dice La Epoca respecto á que el señor presidente del Consejo de ministros haya estado ayer tarde en Palacio, ni antes ni después de la votación del proyecto del Sr. Nocedal.

—A los anteriores párrafos debemos añadir, refiriéndonos á lo que anoche se aseguraba, que efectivamente fué á palacio el general O'Donnell; y que se le contestó que esperara el resultado de la votación definitiva.

—Con este motivo, los mudiferos de la mayoría se agitan mucho anoche predicando con todo el calor de misioneros, y recordando á los ministeriales que el general estaba muy amostazado y casi decidido á retirarse. Esta indicación la recibieron los ministeriales amonestados con una sonrisa de incredulidad; pero al fin hay muchos decididos á votar con los ministros, aunque se resisten los que aprobaron el voto particular á que sus nombres aparecieran rechazando lo que ayer aprobaron.

—Después de rotada la enmienda del Sr. Nocedal, que establece la incompatibilidad absoluta, se ha presentado una proposición consignando que no puede ser diputado ninguna persona que cobre sueldo activo ó pasivo del Estado, de fondos provinciales, municipales ó de la Casa Real. Esta proposición procede de la minoría moderada, y la firman los Sres. Reina, Pérez de Molina, Lorenzana (D. Rafael), conde de Heredia Spínola, Calderón (D. Pedro) y otros.

—Añoche daba una gran comida el presidente del Consejo de ministros á sus compañeros. Sin duda para hacer boca le dieron por la tarde el voto en contra los noventa y cuatro ministeriales.

—No es mal plato de gusto para una mesa de Gabinete.

—De los setenta y seis individuos que compusieron ayer tarde la minoría ministerial que votó en contra de las incompatibilidades, nada más que treinta cobran sueldos del Estado en las proporciones siguientes:

Vega de Armijo..... 120.000

Por coche..... 50.000

Cánovas del Castillo..... 120.000

Por coche..... 50.000

Posada Herrera..... 120.000

Por coche..... 50.000

Ríos Rosas (D. Francisco)..... 60.000

Navarro.....	40.000
Elduayen.....	60.000
O'Donnell (D. Enrique).....	60.000
Por coche.....	50.000
Núñez de Prado.....	50.000
Silveira.....	50.000
Malat.....	24.000
Alvarez Bugallal.....	40.000
Puente Apecheche.....	18.000
Hernández Pinzon.....	60.000
Hazanas.....	50.000
Suarez Inclán.....	50.000
Por coche.....	50.000
Vizconde del Pontón.....	50.000
Por coche.....	50.000
Barca.....	50.000
Zorrilla.....	40.000
Abades.....	40.000
Riquelme.....	20.000
Lopez Dominguez.....	18.000
García Gomez.....	50.000
Alonso Colmenares.....	40.000
Lopez Roberts (D. Dionisio).....	50.000
Ceballos.....	58.000
Escario.....	60.000
Auriolles.....	60.000
Moreno Nieto.....	18.000
Perez Zamora.....	50.000
Romero Ortiz.....	50.000
Por coche.....	50.000

Los treinta diputados empleados que votaron contra las incompatibilidades, no cobran más que un millon setecientos treinta mil reales vellón, suma que arrojan las anteriores partidas.

Y aún se querria que esos señores fuesen partidarios de las incompatibilidades! ¿Que exigencias tienen las oposiciones!

(De El Pabellón Nacional.)

Las noticias relativas á la cuestión del Pacifico, que llegan por conducto extranjero, son en su mayor parte conocidas las unas y poco importantes las otras.

Se confirma la union de la república del Ecuador á las de Chile y el Perú. La de Bolivia no era aun un hecho consumado, pero se deduce de la alocución que su presidente había dirigido á los bolivianos, al triunfar de una revolución con el apoyo pecuniario de Chile y el Perú. Un motivo análogo se cree que haya sido la causa de la alianza del Ecuador.

La escuadra chiloperuana ha perdido dos buques blindados el mismo día en que se hizo la prueba de uno de ellos. En ambas repúblicas la situación interior era muy poco satisfactoria; en las dos por razones económicas y en el Perú además por razones políticas.

En esta última república se había publicado un decreto declarando contrabando de guerra los víveres y el carbón para la escuadra española, y otro prohibiendo á los españoles la enagenación de fincas. Muchos de aquellos procuraban salir del territorio de la república.

Los buques apresados que por orden del jefe de nuestra escuadra se quemaron en el puerto Caldera eran nueve. Se continuaba haciendo alguna que otra presa y entre ellas la de un buque cargado de cobre, cuyo valor asciende á 20 ó 25.000 pesos y que el Sr. Mendez Nuñez envió á Cádiz.

En otro lugar insertamos un parte telegrafico que habla de proposiciones de armisticio hechas por el Sr. Mendez Nuñez: es la misma noticia que se viene dando hace quince días por el mismo conducto, los Estados Unidos, y que puede asegurarse que no tiene fundamento cuando nada se ha sabido por el último correo del Pacifico llegado á Southampton.

La Epoca dice que no será extraño que antes de llegar al Pacifico los buques peruanos Huascar é Independencia encuentren resistencia en algun poderoso buque de nuestra armada, que no es ninguno de los que actualmente bloquean á Valparaiso.

De Londres dicen á La Correspondencia que al salir de aquel puerto el buque peruano Independencia, ocurrió una sublevación á bordo. A consecuencia de ella hubo bastantes heridos, teniendo que intervenir las tropas inglesas. Según parece, la tripulación escasa de la Independencia se compone de gente perdida sin instrucción y sin disciplina. Al salir del puerto la Independencia, llevaba sólo dos cañones de los cinco que debe montar el buque. El resto de la artillería la habrá tomado tal vez en la isla de Madera.

OPINION DE LOS PERIÓDICOS ACERCA DE LA VOTACION DE AYER.

El efecto de sorpresa, de estupor ó de despecho en unos, y de satisfacción en otros, que ha producido la resolución que ayer tarde tomó el Congreso, sólo puede inferirse por el juicio que los periódicos forman acerca de este grave acontecimiento.

Procuraremos insertar aquí lo más sustancial y digno de ser tenido en cuenta.

Dice La Epoca:

«Noventa y cuatro señores diputados contra setenta y seis, absteniéndose muchos, y entre ellos bastantes de la minoría moderada, han querido dar al país un noble ejemplo, formulando una protesta elocuente contra la deplorable facultad con que en ocasiones recientes se había interpretado la ley de incompatibilidades. Hay además otro sentimiento muy arraigado en la opinión, y al cual la conciencia de los señores diputados no ha sabido resistir: tal es el convencimiento de lo indispensable de establecer la debida separación entre la administración y la política, y de que el Congreso deje de ser la fuente de las carreras administrativas. Jóvenes distinguidos, ricos de porvenir, que, de fijo no participan de las opiniones del Sr. Nocedal, no han vacilado en asociarse al voto de este dando un ejemplo de independencia y abnegación que el país debe agradecer.»

«Esta votación es altamente significativa: Los diputados de Cataluña en masa han estado por el voto particular, y el Gobierno, que había declarado la cuestión libre, se quejaba después amargamente de la conducta de sus amigos. «No extrañáramos que si el voto fuese aprobado tomara el asunto proporciones ministeriales. Esto nos parece, sin embargo, poco probable, y deseamos que no se realice, aunque el espíritu del Congreso en esta cuestión se presta á detenidas meditaciones.»

Las meditaciones á que se presta ya las apun-

tamos en otro lugar. Hay que tomar resoluciones radicales: ha pasado ya la época de los remedios de paños calientes. Nuestras ideas van progresando más de lo que parece.

El Eco del País decía antes de saber el resultado de la sesión:

«De todos modos, es más que probable, seguro, que el Congreso desechará el voto particular de los señores Nocedal y Claros: la discusión sobre incompatibilidades puede darse por terminada.»

El mismo periódico dice después:

«No esperábamos seguramente el resultado de esta votación. El Sr. Nocedal ha triunfado. No digamos por hoy ni una palabra siquiera sobre este triunfo.»

La Patria, que es otro ministerial acérrimo, más que El Eco, se expresa así:

«La sesión celebrada esta tarde por el Congreso ha sido de escasa importancia, toda vez que se ha reducido á las rectificaciones consiguientes por parte de los oradores que habían tomado parte en la proposición de ley de incompatibilidades.»

Y no quieren decir más este par de mirabeles.

La Política, con mucha templanza se expresa en estos términos:

«Si, Sr. Nocedal, por más que S. S. se empeñe en negarlo, de buena fé sin duda, las ideas que con tanto talento defiende llevan derecho é indefectiblemente al absolutismo, ya residiera éste en el Monarca, ó, lo que tal vez sería peor, en ese único personaje político cuyo arbitrio determinaría siempre la marcha de sus colegas in nomine.»

El ministro político, podría ser un Alberoni ó un Cisneros, un Antonio Pérez ó un conde duque de Olivares, un Ensenada ó un Príncipe de la Paz, un Floridablanca ó un Calomarde; pero sus compañeros de gabinete serían una especie de subsecretarios del despacho, y el poder absoluto, discrecional, arbitrario, la fuerza política, en una palabra, estaría asumida por una sola persona, y éste es el gran peligro de los sistemas absolutistas. Si para eso quiere S. S. la incompatibilidad absoluta, á pesar de la seguridad que manifestó de alcanzarla, si no en esta, en otra legislatura, ofreciendo reproducirla en todas, nos parece que aunque el Sr. Nocedal perteneciera á todos nuestros futuros Congresos se volverá siempre á su casa sin haber tenido el desconuelo de ver su proyecto sobre la mesa de la Cámara.»

El mismo periódico, después de la votación, dice lo siguiente que indica una de las tendencias que puede tomar esta cuestión:

«Resultado tan inesperado ha causado viva impresión y sido objeto de muchos comentarios en el salón de conferencias.»

En la votación de esta tarde, favorable á la incompatibilidad del cargo de diputado con toda función pública retribuida, ha influido mucho la lata interpretación dada en las últimas discusiones á la ley vigente de incompatibilidades, latitud que hemos censurado, porque previamos que tras de ella vendría la reacción en contrario sentido.

Muchos diputados ministeriales explican así su sufragio á favor del voto particular del Sr. Nocedal. Otros dicen que, no estando conformes con el dictamen de la mayoría, han creído preferible aceptar aquel voto como mejor punto de partida para la reforma de la ley vigente.

Hemos oído que gran número de diputados se propone introducir tales enmiendas en los artículos del voto particular, que de ellas resulte una ley de incompatibilidades algo más severa que la actual, pero que no escluya del Parlamento á todos los funcionarios públicos.»

Creemos La Política, por el portillo abierto para algunos se meterán todos, y la incompatibilidad quedará en el papel.

Las Noticias tiene la palabra:

«Hoy ha acontecido en el Congreso un hecho grave, gravísimo bajo todos conceptos, y del cual encontrarán nuestros lectores detalles exactos en la reseña que insertamos en otro lugar.

Es el caso, que el Congreso ha aprobado por una mayoría de 95 votos contra 75 la totalidad del proyecto de ley del Sr. Nocedal sobre incompatibilidad absoluta, después de haber declarado este eminente hombre público, que no sólo se proponía conseguir la incompatibilidad absoluta, sino abrir una herida al sistema parlamentario. El Gabinete, que hizo libre la cuestión, no por eso dejó de declarar por boca del Sr. Posada, que opinaba en contra del proyecto del Sr. Nocedal, y además votaron en contra los ministros diputados.

Ahora bien: como parte de la minoría moderada se abstuvo de votar, puede decirse que la mayoría de la mayoría opina de distinto modo que el Gobierno.

En seguida se empezó á discutir el proyecto por artículos, y todos esperan que la mayoría que hoy ha votado á favor del Sr. Nocedal, vote en contra del artículo cuando acabe este de discutirse.»

Esto si que es atacar de firme el sistema parlamentario, y ofender sobre todo, á la actual mayoría.

Dice La España:

«Votaron en favor de la incompatibilidad absoluta los señores Reina, Pérez de Molina, Concha Castañeda, Gámpa, Esponera, conde de Heredia Spínola, Vilanova, conde de Xiqueña y algunos otros, todos moderados. Votaron también en favor de la incompatibilidad absoluta los individuos de la antigua disidencia, y el mismo Sr. Ríos Rosas se abstuvo de votar.»

El ministerio tomó la precaución de declarar libre el punto que iba á votarse; pero semejante precaución era inútil, pues siem la cuestión de naturaleza esencialmente política, era por sí misma cuestión de Gabinete. Las cuestiones no son libres porque los ministros quieren hacerlas según su conveniencia, lo son por su naturaleza, y esta no podía ser de ningún modo una cuestión libre, porque no lo es; han votado en contra Posada Herrera, Vega Armijo y Cánovas del Castillo: las cuestiones verdaderamente libres son las que, cualquiera que sea su decisión, no se oponen á las opiniones del Gobierno, y en ese caso lo natural es que los ministros se abstengan de votar.

La derrota del ministerio es patente, y en estos momentos no se habla de otra cosa en ninguna parte: es un acontecimiento cuya importancia no es posible desconocer.

Con motivo del importante suceso que narramos, algunos ministros se dejaron llevar de su impaciencia, y espresaron sentidas quejas de la conducta observada por sus amigos, juzgándola en términos muy duros.

Verificada la votación, los individuos de la mayoría que ocupaban el banco de la comisión abandonaron sus asientos, y los Sres. Nocedal y Claros, pasaron á ocuparlos, produciendo un contraste especial el ver á los firmantes del voto particular sentados detras del banco ministerial, en el que los individuos del Gabinete disimulaban de mala manera su disgusto.

Las Novedades:

«Esta derrota se debe en mucha parte al discurso del Sr. Posada Herrera, preciso es confesarlo; pero no deja de ser derrota. Los honores del triunfo pertenecen al Sr. Nocedal, que en esta cuestión ha logrado arrastrar en pos de sí á una parte de la mayoría.»

(1) El protestantismo comparado con el Catolicismo. tom. 4. cap. LXX.

(1) Del primato, pág. 502 y 505.

Lo lógico sería hoy, y hasta lo parlamentario, que el duque de Tetuan aconsejase la llamada del Sr. Nocedal al poder.

«Buena está la situación en manos del general O'Donnell, cuando puede ser lógica y parlamentaria la entrada del Sr. Nocedal».

La Iberia:

«El efecto causado en la Cámara por el resultado de la votación, que fué nominal, se notaba en todos los semblantes, porque a pesar de las explicaciones dadas *a priori* por el Sr. Posada, no pasó para nada desapercibido que los ministros presenciaran desde su escaño la votación y que votasen desde allí contra el voto que declaraban *question abierta*. No es bien significativo que la disparidad de opiniones en el asunto se hiciese notarse sólo en la mayoría, mientras que todos los ministros pensaban de una manera unánime?»

La Nación:

«En cuando a los moderados, no hay que decir, que con excepción de alguno que otro hombre nuevo en la política, votaron contra la incompatibilidad, o abandonaron el salón de sesiones, sin emitir sus sufragios. No son gentes estos señores que renuncian a la esperanza de repartirse el presupuesto y todo lo que haya que repartir, mañana que asalten nuevamente el poder, y ni podía ni debía esperarse otra cosa de ellos. Probable será que el mayor número que se abstuvo de votar, tengan su conducta por muy hábil, puesto que los deja en libertad de proceder en su día según tengan por conveniente: nosotros, y con nosotros el país entero, la calificamos con la *vulgar*, gráfica y poco envidiable denominación de *panista*».

Y en otro artículo se explica así:

«El corifeo de la reacción, el jefe de *Los Siete*, tan agudamente zaheridos por el Sr. Bermúdez de Castro, ha venido a los innumerables. En la votación de ayer tarde, los secuaces de anteayer del primero, de *Los Siete* han llegado a 93, y las pérdidas del ministerio han llegado hasta el extremo de dejar en el exiguo número de 75 el de los innumerables».

El ministerio ha caído... No declamen los hasta hoy ministeriales, si todavía lo son mañana, que no nos pasará. El ministerio ha caído, moral y parlamentariamente.

Y puesto que para las caídas parlamentarias hay un criterio fijo, si el ministerio ha caído, no sería aventurado sospechar que el Sr. Nocedal fuese llamado.

«Lo será»...

La Democracia:

«Pues bien, al fin y al postre, el Congreso contrarió la opinión del Sr. Posada Herrera, votó contra ella, le dejó completamente abandonado, le mostró que no puede contar ni siquiera con ese país legal donde el ministerio mismo dice que se apoya. El ministerio sufrió uno de los mayores desaires parlamentarios que recuerda nuestra historia».

La cuestión es de las más graves; se trata de la relación entre el poder ejecutivo y el poder legislativo; de la separación entre la administración y la política. Se trata de lo que llaman nuestros conservadores la ciencia de gobernar. ¿Y una cuestión así no había de influir en el ánimo del Gobierno? Un ministerio incapaz de dirigir a su propia mayoría, no debe gobernar ni un minuto.

A pesar de los sofismas del Sr. Posada Herrera, a pesar de sus declaraciones, como no hay sofisma que pueda sobreponerse a lo que es una ley natural de la política y de la vida, la impresión que produjo el voto del discurso fué inmensa. Los ministros se quedaron como petrificados en sus bancos. El Congreso en peso se levantó para comunicarse mutuamente sus impresiones los diputados. Hubo una conmoción general.

El Sr. Romero Robledo decía desde su banco que iba a enterrar el cadáver del sistema parlamentario. Los diputados no le oían: el tumulto era inmenso.

La Discusión:

«Antes de que se procediera a la votación de la enmienda del Sr. Nocedal, el ojo de linca del ministro de la Gobernación alcanzó a penetrar en el resultado de la votación, esto es, el ministro previó la derrota ministerial y exhortó a los diputados a que votaran con toda libertad toda vez que la cuestión no era de Gabinete. ¿Qué le parece a Vds. esta salida de tono? Sin embargo, todo el mundo sabe ya que, de una vez verificada la votación, el señor Posada Herrera se enfadó con aquellos de sus amigos que habían votado en pro del voto particular».

El *Diario Español* viene furioso, y no le falta motivo. Quisiéramos transcribir todo su artículo, pero en la imposibilidad de hacerlo copiamos los párrafos del final:

«Concluamos: grande ha sido el triunfo del señor Nocedal, del que decía «soy anti-parlamentario y anti-liberal, yo no lo niego, porque lo he repetido franca y paladinamente en más de una ocasión»: grande ha sido su triunfo, y por él le felicitamos, por más que nos haya afectado dolorosamente. Porque la verdad es que hemos recibido un triste desengaño. Los que se han unido al voto del Sr. Nocedal, por más que lo digan una y mil veces, no son del partido de la Unión liberal, porque este partido ama el sistema parlamentario, como que en él se funda y constituye su esencia, y no puede admitir en su seno al que se une con los enemigos que quieren echar por tierra su dogma».

«Uniónistas liberales los que se acogen a la bandera del Sr. Nocedal! ¿Y todavía pretenden dar lecciones de liberalismo al Gobierno rechazando ciertas leyes políticas? Que confiesen que la cuestión de libertad es para ellos la de menos, puesto que así la sacrifican por completo con el mayor gusto, y que confiesen que sus disidencias, y sus alaridos intempestivos y sus halaracas todas, tienen un objeto que no comprendemos, y no el de robustecer el principio liberal, puesto que este les importa tan poco, como lo prueban con su votación de ayer».

El Español:

«Tan grande fué la sensación, cuanto que los mismos vicalvaristas, unos azorados, otros sorprendidos y en su casi totalidad balbucientes, nerviosos, sobrecitados, confusos, atónitos y perplejos, exclamaban llenos de ira y de despecho: ¡estamos derrotados!... ¡traición!».

«¡Oh! no, señores vicalvaristas: lo que habeis de ver en el suceso de ayer, es la mano misteriosa de Dios, un decreto de la Providencia, una expiación terrible, un eco de la conciencia universal: que grita del uno al otro extremo de la Península: ¡afuera los escépticos y apóstatas! ¡Atrás los hombres sin corazón ni conciencia política, cuya larga dominación ha matado el crédito de España en todo el mundo, agotado los recursos que ha menester el país para salvar su Hacienda, y su Tesoro, arruinado la propiedad, la agricultura, el comercio y la industria, y comprometido hasta el buen nombre y la honra de la madre patria en locas aventuras y temerarias empresas!».

«Esto es lo que significa la votación de ayer: esto es el verdadero comentario de la derrota de ayer; no de otra suerte se puede ni debe interpretar el elocuentísimo suceso de ayer».

Se ha dispuesto por Real orden que los ayudantes de campo de los generales usen en los actos de servicio la espada ceñida pendiente de un tahalí unido a un cinturón de charol negro con forro y vivos de badana encarnada, que se colocará sobre la levita, sujetándolo con un broche de metal dorado, formado por dos camaleones y un serpiente, y que los ayudantes de órdenes de los

brigadieres usen el mismo tahalí y cinturón con broche de metal blanco.

«Se ha declarado que los individuos de las familias de los militares, no están exentos del pago de derechos en sanidad en los lazaretos».

«El número de *La Regeneración* correspondiente al día 21, fué denunciado: el de anoche no le hemos recibido todavía».

Hoy han sido denunciados *El Pabellón Nacional* y *La Salud Pública*.

«De un momento a otro debe llevar al Senado el señor ministro de Gracia y Justicia un proyecto de ley para activar los procedimientos en las causas de imprenta».

El Emmo. señor Cardenal Arzobispo de Santiago va a imprimir, en forma de libro, las excelentes cartas que ha dirigido a *La Iberia*.

«Ayer, según *La Epoca*, volvió a decirse que están muy adelantadas las gestiones para el establecimiento del Banco hipotecario».

«Además de la fragata blindada *Tetuan*, parece que la *Concepción* estará lista a fines de este mes, según dicen del arsenal del Ferrol».

«Ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica el respetable Prelado Obispo de Gerona, que se distingue tanto por su ilustración y ciencia como por sus virtudes».

«Parece que SS. MM. y AA. se trasladarán el día 15 de Abril, o acaso antes, al Real sitio de Aranjuez».

«Se ha acordado por el ministerio de Fomento que la exposición bial de Bellas Artes se celebre en Octubre próximo».

ÚLTIMA HORA.

CONGRESO.

Continúa la discusión sobre la totalidad del voto particular acerca del proyecto de ley de incompatibilidades, habiendo tomado la palabra el Sr. Escosura y el Sr. López Domínguez.

El Sr. López Robert ha pedido la lectura del artículo 8.º de la ley de relaciones entre ambos Cuerpos colegisladores.

Los ministeriales, a cuya cabeza figura el señor Lasala, presentarán probablemente una enmienda estableciendo la compatibilidad de ciertos cargos y empleos públicos con la diputación, restringiendo la ley actual.

El art. 1.º del proyecto del Sr. Nocedal quedará tal como está y sólo entre las excepciones se añadirán las necesarias para desvirtuar el pensamiento del voto particular.

Esta es la manera acordada para echarlo abajo. Sin embargo, aún se presume que se trata de suspender indefinidamente toda discusión, en virtud del art. 8.º de la ley de relaciones entre ambos Cuerpos colegisladores.

Parece que se ha pasado un aviso a los diputados ministeriales para que asistan hoy a la sesión y no se muevan hasta que quede desechado el voto que ayer se tomó en consideración.

CORTES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR LASALA, VICEPRESIDENTE.
Extracto de la sesión celebrada el día 22 de Marzo de 1866.

Abierta a las dos y cuarto, se leyó el acta de la anterior y quedó aprobada.

El Sr. GASSET: Desco que cuando esté presente el señor ministro de Hacienda se sirva decir por qué se están vendiendo los iglesarios en las provincias de la Coruña y Pontevedra, no obstante estar exceptuados de la venta.

Incompatibilidades.

Continuando la discusión del voto particular de los Rres. Nocedal y Cláros, dijo el Sr. ROMERO ROBLEDOS: Ayer a última hora, por miedo de desenterrar el cuadro, no quise hacer ninguna rectificación. Hoy voy a hacerla, aunque brevemente.

El Sr. Nocedal quiso probar la falsedad de mi argumento, estremándolo. Para ello tenía que hacer caso omiso de sus fundamentos. Decía S. S.: «¿es que quiere el Sr. Romero Robledo que los empleados, cuando no puedan ser diputados, son párrasos? Pues párrasos serían el clero, párrasos serían los que no tienen las condiciones exigidas por la ley para ser electores.» Esas exclusiones están en la Constitución, y sobre ellas no podemos discutir en este momento; pero cuando la Constitución da el derecho de elegibilidad a los empleados, no hay motivo para privarlos de él.

Dice el Sr. Nocedal: «Aquí no se desconfía de los empleados, sino del corazón humano.» Eso decía yo; pero añadía: limitando esa desconfianza del corazón humano a una sola clase, no a los lógicos. Extendida a otras muchas clases que pueden dar motivo a desconfiar. Es menester entonces incluir en la incompatibilidad hasta los parientes y amigos de los ministros. Es necesario ver si los industriales podrán tener interés en servir al Gobierno en unas cuestiones para que el Gobierno les sirva en otras. Es necesario aislar completamente al representante del país, y yo no sé, siguiendo con lógica, si podríamos dejarle tierra en que pisar.

S. S. hablaba de las ambiciones y de los jóvenes, y parece que la consecuencia debía ser declararnos a los jóvenes incompatibles. El Sr. Nocedal tiene gran aplomo y serenidad; pero no se ocupa de lo que no le conviene. Nos leyó un discurso de Bastiat, que hace el proceso de los males de este sistema; pero le faltó añadir que, según el sistema de S. S., quedarán las mismas luchas de ambición y de intriga, mientras aquí no se declaren incompatibles los cargos ministeriales. Los partidarios del sistema parlamentario encuentran compensados superabundantemente estos inconvenientes con sus inmensas ventajas. Por lo demás, Bastiat lo que propone es que no se salga de estos Cuerpos para los empleados; pero no combate que haya aquí empleados.

Hablando de la independencia de los empleados cité yo los casos en que muchos habían hecho dimisión por no estar de acuerdo con el ministerio; y dice el Sr. Nocedal: «¿es poco grave que los empleados abandonen sus puestos y vayan a combatir al Gobierno? Yo aquí me confundo; los empleados no deben venir aquí porque pueden votar con el Gobierno, y hacen mal por otro lado los funcionarios que dejan sus puestos para combatirle. No entiendo en esta parte al Sr. Nocedal».

Por fortuna rige el país un Gobierno que es el primero que ha puesto la mano en la obra de dar seguridad a los empleados en sus puestos. Y cuando tan buenas tendencias dominan en el poder, es extraño que el Sr. Nocedal pretenda corregir ahora abusos a que se está poniendo remedio y que en otra época han sido mayores.

El Sr. CLAROS: Un sentimiento semejante al que con tanta elegancia y delicadeza acaba de expresar el joven orador que me ha precedido en la palabra, me retuvo a mí también para no rectificar, no queriendo ser un obstáculo que impidiese la animada lucha parlamentaria que todos deseabais presenciar.

El Congreso comprenderá sin embargo que ningún modo podía prescindir de la necesidad de rectificar ciertas ideas que afectan a mi delicadeza, manifestadas por el Sr. Escosura.

S. S. se permitió llamar en el día de ayer a mi discurso homilía. El Sr. Escosura, que es un distinguido académico, y tan bien conoce nuestro *Diccionario*, sabe que homilía es la plática en donde el Sacerdote explica al pueblo los misterios religiosos; y esta calificación completamente inoportuna e inexacta, no puedo menos de rectificarla. Yo no traje la Religión a este sitio para nada. Tan lejos estuve de esto, que hasta rehí traer la cuestión al terreno de la política, de la actualidad, dejándola en el campo de las meras abstracciones. Y oírse así, señores, porque la Religión nada tiene que ver con el Gobierno representativo, ni con el Gobierno absoluto, ni con ningún otro género de Gobierno. Con todos puede cumplir en la tierra su augusta y santo ministerio; é intimamente penetrado yo de esta gran verdad, me abstuve de tratar bajo este aspecto la cuestión.

«Lice, como argumentos de autoridad que venían a mi propósito, cuatro citas si; y la casualidad que ninguno de los autores citados puede ser considerado como religioso. Cité al historiador Tácito, al jurisconsulto Bentham, al diplomático Talleyrand y al poeta Casti, que todos cuatro son adversarios del Catolicismo, y ninguno de ellos puede ser ciertamente considerado como padre de la Iglesia».

Por consiguiente, ruego al Sr. Escosura que rectifique esa denominación, que de modo alguno a mí peroración buena o mala conviene. Yo llamé a mi discurso disertación; pues lo que hice fué una simple exposición de ideas filosóficas o jurídicas que no merecían a mi ver el nombre de discurso. El sentido político de la palabra, mucho menos de homilía, o plática, o cualquiera otro de carácter religioso. El Sr. Escosura puede muy bien usar de su gracia, aunque sea si se quiere en un sentido abusivo, pero respetando al menos la propiedad de las palabras, y sobre todo la exactitud de las cosas.

El Sr. Escosura se encargó a seguida de rectificarse a sí mismo; porque después de llamar a mi discurso homilía o plática, dijo que me habiá propuesto *denegar* a todos los que tomaron parte en la gestión de las cosas públicas.

«Esto es una grande injusticia por parte del señor Escosura. Tan lejos estuve de denegar a nadie, que saqué la cuestión del terreno de la personalidad, y hasta de la acción militante de los partidos, llevándola a la región serena de las ideas».

Hablé del funcionamiento de las clases en este orden de ideas. No puedo por tanto tolerar una calificación vituperativa de que no me he hecho reo, y con la cual de seguro S. S. me ha ofendido.

Yo ejerzo aquí, señores, por más que no sea este cargo adecuado a mi humilde persona, una alta magistratura. El magistrado que juzga, el fiscal que acusa, no puede decirse que denigra. Podrá ser si se quiere inexacto, descortado o injusto; pero si denigra, eso no. Esto supone siempre una dañada intención, y los señores que me escuchan, entre los cuales hay algunos que me conocen hace tiempo, saben perfectamente que no está ni en mi educación ni en ninguna de mis condiciones el denigrar a nadie.

Ruego, pues, al Sr. Escosura que sustituya como es su deber en este caso esta palabra con otra que no tenga ese carácter ofensivo, y sobre todo que esté más en armonía con la expresión verdadera de mi pensamiento.

Habló también el Sr. Escosura admirándose de cómo no temíamos mi amigo el Sr. Nocedal, y yo contagiarnos, formando parte de esta corporación después de las críticas que habíamos dirigido al parlamentarismo.

A esto debo decir a S. S. que todas las instituciones humanas tienen defectos; y si lleváramos a la exageración la idea del Sr. Escosura, no podríamos tener parte en corporación alguna. ¿Qué Gobierno ha habido en el mundo, qué corporación, qué institución humana que no haya tenido vicios en su constitución, y corrupción mayor o menor en sus personas? Yo no he hablado más que de la corrupción en un sentido determinado y genérico: a eso me limité.

Por consiguiente hay una verdadera inconveniencia en esa indicación, completamente inadecuada en mi entender, del Sr. Escosura. Yo me siento muy honrado con venir a este sitio, en el cual he tomado asiento cinco veces; y me siento muy honrado no sólo por la altísima dignidad del cargo que ejerzo, sino por la peculiar de los respetabilísimos colegas a quienes he estado asociado, y de los cuales he recibido constantes pruebas de benevolencia. Quede pues eso del temor al contagio como un recurso oratorio propio del arte retórico que distingue a S. S., pero que nosotros no podemos aceptar, ni aun tomar como un argumento serio.

«Yo había dicho otra palabra más grave el señor Escosura, que alcanzaba también al Sr. Nocedal. He aquí el texto de S. S. tomado del *Diario de las Sesiones*, que tengo en la mano. «El Sr. Nocedal y el Sr. Cláros no creen, no pueden creer lo que S. S. nos dicen aquí.» Es justo que el señor Escosura dude de nuestra buena fe? No es justo ni tolerable; y así como yo ni ninguno de mis compañeros duda de la sinceridad del Sr. Escosura, no es justo que S. S. dude de la nuestra, y cabalmente muchos de los amigos que tengo en la unión liberal me reconvienen continuamente por el exceso de la buena fe, y menos dogmáticos que yo, me dicen benevolencia que no tenga tanta».

Ruego, pues, al Sr. Escosura que haga una rectificación, que de seguro le aconsejan su finura y su delicadeza, honrándonos con otra palabra más digna de él y de nosotros.

La quinta rectificación que dirijo al Sr. Escosura se reduce a una tergiversación de mis palabras que S. S. no se ha debido permitir. S. S. ha dicho que yo había constituido de tal manera el organismo del Gobierno, que venía a establecer una situación en la cual colocaba al ministro en la de un loco conducido por sus directores y entregado a su tutela. Hay en esto una completísima inexactitud por parte del Sr. Escosura. Mi teoría no fué esta. Cabalmente estableciendo yo la necesidad de que los empleados tuvieran ciertas cualidades de mucha mayor importancia a la práctica, a la instrucción y al buen juicio, que al mero talento y al ingenio, dije que el ingenio estaba mejor en los ministros.

«Esto fué lo que dije, y cabalmente me vino a dar la razón el Sr. Escosura en el mismo párrafo de su discurso a que me refiero, en el cual habla de Pitt y de Napoleón. Napoleón es el ejemplo más adecuado para sostener mi teoría, pues es cabalmente uno de los más grandes ingenios del mundo. Justamente hubo yo de indicar que a veces las extraordinarias circunstancias de una nación podían exigir para su salvación la temeridad de un general calavera, pero que su jefe de estado mayor debería ser siempre un hombre de circunspección y de juicio; y de seguro que si Napoleón hubiera tenido ese jefe de estado mayor y le hubiera escuchado, no hubiera encontrado su perdición en la desastrosa campaña de Rusia».

«Conste pues que yo no pude incurrir en ese absurdo que el Sr. Escosura gratuitamente me atribuye; conste la forma verdadera en que yo presenté una teoría más o menos acertada, y no sea lícito a S. S. dirigir a su capricho el vuelo de su ingenio, dando a sus adversarios pensamientos que no han tenido nunca, y que no puede tener ningún hombre sensato».

Habló también el Sr. Escosura acerbamente sobre mi manera de calificar las clases trabajadoras y tengo que rectificar sus apreciaciones sobre este punto, si bien pienso pasar por él muy de ligero. Quizás fui poco exacto en la denominación que hice de las clases trabajadoras. Reconozco en esta parte la superioridad del distinguido académico, y lejos de ofenderme por su rectificación, me presto oír a la corrección de mi frase».

Voy a decir brevísimas palabras para que se vea el sentido en que usé la palabra *clases* trabajadoras. Señores: no soy muy fuerte en economía;

pero sé lo bastante para conocer lo que es la producción, y que alcanza a todas las clases de la sociedad. En este sentido uso de la palabra, y lo que quisiera decir al contraponer a los empleados con las clases vulgarmente llamadas trabajadoras, fué que a mi manera de ver esta Cámara debe representar principalmente los intereses económicos, porque los altos intereses morales están representados más bien en el Senado, los de la burocracia lo están por el Gobierno, y yo quería traer con preferencia al Congreso la representación de esas clases».

Otra rectificación más grave que tengo que hacer es la que se refiere a la holgazanería de los empleados, sobre la cual hizo grandes esfuerzos el Sr. Escosura para presentar bajo un mal punto de vista mis opiniones, y yo necesito hacer una ligera rectificación que las deje en su verdadero lugar.

Yo distinguí dos cosas. La holgazanería de los que no quieren trabajar y se meten a pretendientes, y la falta de laboriosidad que pueda haber en los empleados. Pero sea como quiera, no creo haber merecido las fuertes censuras que me dirigió el Sr. Escosura. Por lo que hace a la falta de laboriosidad de los empleados, el Sr. Escosura me pedía pruebas; no es este el caso de dárseles, porque ahora no se trata más que de la exclusión política de los empleados; pero cuando llegue la ocasión daré esas pruebas a S. S. Por lo demás, yo no denigraba como supone S. S. de ninguna manera a los empleados. ¿Cómo, si en esa clase cuento la inmensa mayoría de mis relaciones y de mis amigos? Pero precisamente a esos dignos empleados los he oído quejarse de lo poco que se trabaja en las oficinas, llegando a confesar algunos de ellos, que si les dieran carta blanca para organizar el personal de sus dependencias, con la tercera parte de los que hoy existen, tendrían bastante.

Voy a concluir haciendo al Sr. Escosura el cargo más grave de todos. En esta parte me permito leer las palabras para que juzgue el Congreso con toda exactitud de la justicia de mi ofensa:

«Porque todo eso que ha dicho el Sr. Cláros, todo eso no puede pasar más que porque lo ha dicho el Sr. Cláros».

Me parece, señores, que interesa tanto a la dignidad del Sr. Escosura como a la mía, que explique S. S. esas palabras. Yo me permito dirigirla una queja afectuosa de compañero. ¿Por qué me trata de esta manera? Yo no había tenido antes el honor de conocer y tratar al Sr. Escosura; por primera vez me he puesto en relaciones con él en esta comisión. El Sr. Escosura nos invitó al señor Nocedal y a mí con las palabras benévolas propias de su distinguida educación; para que a pesar de nuestras opiniones contrarias tomásemos parte en sus discusiones, y nosotros, correspondiendo a su atención, nos prestamos gustosos a ello.

Yo fui dos veces, y no pude asistir más porque la falta de salud me lo impidió; pero en esas dos veces que tuve el gusto de oír a S. S., le di todas las muestras inequívocas de estimación y deferencia; de aquí que me haya sorprendido más la falta de benevolencia con que me ha tratado. Tengo ahora que hacer un paralelo con el Sr. Cuesta, que habiendo hablado antes que yo, no encontró sin embargo en ese discurso, con tanta agria censura por S. S., nada que le diese motivo, no ya para esas duras calificaciones, pero ni siquiera para una rectificación. No la hizo S. S., y no lo atribuí yo por cierto a desden, sino al contrario, a la benevolencia con que me favorece S. S., y que yo creía también tener derecho a esperar del Sr. Escosura.

Yo no puedo dejar pasar esa expresión sin correctivo, y si S. S. no da sobre ella las convenientes explicaciones, tendré que invocar sobre este particular la severidad del reglamento.

El Sr. ESCOSURA: Señores, no hay palabra de las que pronunciaré ayer, que el Sr. Cláros no quiera que rectifique. Voy a empezar por la última queja de S. S.

Parece que haciéndome yo cargo de cosas muy graves que S. S. ha dicho respecto del Parlamento, de los empleados y de la moralidad de la época, dije entonces: esto puede pasar porque lo ha dicho el Sr. Cláros. S. S. quiere ver aquí una injuria, y esta es la primera vez que yo tengo que levantarme a explicar mis palabras: nunca he pronunciado palabras ofensivas.

El Sr. Cláros, que está en una minoría importante por las personas, pero exigua por su número aquí y en el país, es a mi entender un apóstol de lo imposible. Ese apostolado tiene sus privilegios, y uno de ellos es el poder decir algunas cosas más duras que otras.

Hay más: el tono del Sr. Cláros y su estilo, hacen pasar muchas cosas. Si lo que dijo ayer el señor Cláros, lo hubiera dicho yo en el tono vehemente que uso, el Congreso se habría sublevado y no habría habido campanilla bastante en la presidencia para llamarme al orden. Empezó S. S. por decir que los diputados tenían una vida disipada. ¿Sabe S. S. lo que ha dicho? Pues a creer a S. S., ¿no llevarían cartas de las mujeres, de las madres y de las hijas, llamando a estos desdichados diputados? Por esta razón dije yo que cosas tan duras sólo al Sr. Cláros se podían tolerar.

S. S. ha descubierto que soy académico: novedad de hace 22 años; y se ha quejado de que llamase a mi discurso homilía. Ya sabía yo que homilía es discurso religioso de un Prelado; pero el tono y los discursos de S. S. me recuerdan las pláticas de doctrina cristiana a que he asistido.

«Pero qué quiere S. S.? ¿Que declare que no fué homilía? Pues declaro que fué disertación».

Yo no he dicho que S. S. ofendía a personas sino a clases. S. S. nos denigra; no creo que de mala fe ni con ánimo de insultarnos; pero sí con ánimo de sostener su sistema, que es acabar con el parlamentarismo.

S. S. dice que aquí ejerceremos una magistratura. Yo considero la más alta la posición de diputado; pero no me creo magistrado. Me creo representante del país. Sé que no tengo responsabilidad legal por mis opiniones; pero sé que tengo gran responsabilidad moral, y por eso necesito ser más cauto y moderado al decir aquí mis opiniones sobre clases determinadas. Así yo respeto la libertad de opinión del Sr. Cláros, pero reservo la mía.

Se ha quejado el Sr. Cláros de que he dicho que SS. dicen aquí lo que no creen. No es posible que en absoluto haya dicho yo eso. Lo habré dicho relativamente a algo: lo habré dicho relativamente al propósito de demostrarnos que la ley del Sr. Nocedal y del Sr. Cláros pertenece a la escuela liberal. Yo decía: personas del talento de SS. S. y de sus opiniones, no puede ser que al traer esa ley crean hacer un servicio al sistema liberal».

«¿Qué se reduce el sistema del Sr. Nocedal? Que no salgan de aquí más que los ministros. ¿Y qué decía yo? Aquí no vemos más que el ingenio. La práctica y la experiencia de los negocios, ¿no son también necesarias? De la holgazanería de los empleados hablamos ayer demás. ¿No conoce S. S. propietarios que se arruinan por su indolencia, abogados que se van a charlar a la Puerta del Sol y artesanos que en vez de trabajar se van a los toros? Pues yo conozco algunos. ¿A qué hemos de tratar de esto?»

Vamos al Sr. Nocedal. Empezó S. S. haciendo un desmedido elogio de mi capacidad; y aunque sé que le debo mejor opinión de mí que la que merezco, confieso que desde que comenzó el elogio comencé yo a temblar; en efecto, a los dos minutos de haber sido, según el Sr. Nocedal, la más clara inteligencia, me hallé convertido en cómic de la legua, gritando ¡viva el Rey absoluto! para que no se me silbara».

Ni n'ai pas mérité

Ni cet excès, d'honneur, ni cette indignité. Pero tal era la táctica del Sr. Nocedal: primero me levantaba sobre el pavo después postrarme a sus plantas. Es verdad que ayer lo hice muy mal, como dijo el Sr. Nocedal; pero eso de sacar el Cristo como vulgarmente se dice, no es cierto

no lo saqué. No hice sino prevenir a la mayoría contra los planes de un adversario tan importante como el Sr. Nocedal.

Yo dije ayer un despropósito, tratándose de las guerras de la Edad media, diciendo que eran cortas. El Sr. Nocedal me dijo: «no conozco guerra más larga que la de los moros.» Es verdad: usé la palabra guerra, en vez de la palabra campaña. Entonces las campañas eran muy cortas, y tal vez por eso eran largas las guerras.

Dije también ayer que los próceres eran aquí los que gobernaban el reino con el Rey, S. S. dijo: «no los próceres nunca han sido más que vasallos; no han gobernado con el Rey; España ha sido una monarquía democrática».

Señores, lo que ha habido en España es que se extendió aquí más que en ninguna parte la nobleza. La nobleza se adquiría con la espada; pero había pecheros que pagaban en dinero lo que los nobles pagaban personalmente en la guerra. ¿Quiénes fueron hasta D. Juan II los depositarios del poder? Los grandes. ¿Qué llevó a D. Alvaro de Luna al caldoso? Haber querido antes de tiempo realizar lo que después realizó Giménez de Cisneros? Por otra parte, ¿no conoce el Sr. Nocedal la historia de Aragón? Señores, aquí desde el tiempo de los Reyes Católicos, dejaron de concurrir los próceres a las Cortes; triste divorcio que produjo el de la batalla de Villalar.

Después, el Sr. Nocedal, se hizo cargo de un argumento mío. Decía yo: si se excluyeron a los empleados de estos cuerpos, ¿dónde irá la Corona a elegir ministros? Dice el Sr. Nocedal: uno ó dos políticos no será difícil encontrar; los demás ¿qué necesidad tienen de ser políticos? Esto significa que S. S. no quiere hombres políticos, sino simples secretarios del despacho. Dice, por tanto, el señor Nocedal: tendremos un ministro político. ¿Sabeis lo que será? El valido. ¿Y los demás? Los secretarios del despacho. Tal es la síntesis de la proposición del Sr. Nocedal.

El Sr. CUESTA: Ha dicho el Sr. Cláros que no me he levantado a rectificar. Si por eso cree S. S. que debe hacerme cargo, yo lo voy a dar explicaciones. Soy poco afeco a rectificaciones, de las cuales se abusa muchas veces. El Sr. Cláros no adujo ningún argumento que tuviese relación con lo que había yo dicho, y no teniendo nada que rectificar, no me levanté.

El Sr. NOCEDAL: El Sr. Romero Robledo ha insistido en el día de hoy, como habrá observado el Congreso, en que somos inconsecuentes los que hemos apoyado el voto particular; principalmente yo, que soy inconsecuente porque propongo la incompatibilidad absoluta y no sigo en mi camino, sino que en la mitad de él me paro y me detengo consignando una excepción en favor de los ministros. Yo no puedo explicarme cómo me hace este cargo el Sr. Romero Robledo; comprendo que lo hiciera cualquier otro; comprendo que me lo hicieran mis amigos, como que me lo hago yo a mí mismo; pero que me lo haga el Sr. Romero Robledo, esto es para mí inconcebible. Dignese el Congreso oír lo que dice el dictamen de la mayoría de la comisión que suscribe el Sr. Romero Robledo: «Se declara por regla general incompatible el cargo de diputado a Cortes, etc.» Mi voto particular no hace más que borrar el «por regla general». Vea el Congreso si la autoridad que es necesaria para echarle a uno en cara la inconsecuencia asiste a mi amigo el Sr. Romero Robledo, que declara incompatible por regla general el cargo de diputado con todo empleo del Gobierno, y luego añade algunos artículos para consignar numerosas excepciones».

Y a este propósito debo decir al Sr. Romero Robledo que es menester que acabe de persuadirse de que no hay más que dos sistemas posibles en materia de incompatibilidades: ó la incompatibilidad absoluta ó la absoluta compatibilidad; porque si no, los candidatos, los diputados, las comisiones y las mayorías se ven todos los días en una especie de pito y de tortura del cual no saben cómo salir, y a veces salen perdiendo su consideración y prestigio. Yo no he de hacer sobre esto consideración ninguna; yo haciendo sobre esto consideraciones no estaría en mi derecho, y además no estaría en mi costumbre, que no es nunca entrar en cuestiones personales; pero me dirijo de buena fe a todos los que han compuesto en esta y en anteriores legislaturas la comisión de incompatibilidades parlamentarias, no de la ley, sino de la aplicación de la ley a los casos particulares de incompatibilidad.

«Han pasado en toda su vida peores ratos, siendo diputados, han tenido mayores amarguras que devorar? A los individuos de este Congreso que pertenecen a todos los partidos ó grupos que en él se reúnen y congregan, me dirijo de buena fe: ¿han pasado nunca, y ahora mismo tengo delante de mí al Sr. Polanco a quien me dirigirá en particular si el reglamento me lo permitiera, que no me lo permite, pero ha pasado nunca peores ratos que cuando tuvo que levantarse a leer una votación nominal de la cual resultaban contradicciones flagrantes? (El Sr. Polanco: Pido la palabra para una alusión personal.) Pues esa es la consecuencia inevitable de poner por regla general la incompatibilidad, y luego 20 ó 25 artículos de excepciones. Eso es lo insostenible; eso es lo que precipita a los partidos a los abismos del descrédito; eso es lo que pone a los Congresos, a las mayorías, a los partidos, en horribles compromisos personales, de los cuales es menester salir unas veces perdiendo amistades particulares, y otras veces dejando comprometida en las votaciones la consecuencia política».

descubrimiento hacen los de los bancos de enfrente con tachar de anti-parlamentario? ¿Cuándo se lo ha contado alguno que me lo haya oído a mí en secreto? ¿Lo ha proclamado antes que yo alguien? Si es cierto, ¡cuánto me da gusto! Yo, anti-parlamentario; me parece que el parlamentarismo es contrario a la Constitución.

Cierto, ciertísimo que yo quiero una ley de incompatibilidades sin excepción a los ministros, y que así lo proponía en un Congreso en que tuviese mayoría; esto no tiene duda. Pero yo diputado de este Congreso no puedo proponer semejante cosa, porque eso sería modificar completamente un sistema al cual todos vosotros estáis sujetos y apegados. Yo quiero la incompatibilidad absoluta de los empleados, y la incompatibilidad de los ministros de la Corona con el cargo de diputado. Yo soy partidario de esto. Yo hablo en este sentido en toda discusión general; pero no tengo la candidez de presentarlos a vosotros un proyecto de ley proponiendo semejante cosa. Os propongo a fuer de hombre práctico lo que es posible, lo que puedeis votar conmigo: la incompatibilidad de todos los empleados menos el de ministros de la Corona, que aceptado nuestro sistema, en rigor no es empleo, aunque a mí no me pareciera bien.

El Sr. Escosura incurre en equivocación notoria que me agrada rectificar: incurre en equivocación notoria, cuando dice que es dicha suya el que el Congreso le oiga con benevolencia. Si es dicha, concedida le ha sido por la Divina Providencia: el Congreso procede con justicia. Tras de este elogio nada amargo tengo que decir a S. S. Pero me habrá de permitir que le advierta que no tenía razón, creo yo, cuando impugnaba mis opiniones relativas a si España ha sido siempre monarquía democrática. ¡Oh! Entendámonos; ¿es que el Sr. Escosura me atribuye el error de haber empleado la palabra *democrática* en el sentido que hoy se entiende? El Sr. Escosura no me puede atribuir ese error porque no me ha oído otras veces de la manera en que yo entiendo esto: al decir la palabra *democrática* no entendía más, al referirme a España, que el haber sido y ser católica por excelencia, y defensora sus Reyes de la clase popular. Nos conocemos el Sr. Escosura y yo, y sabemos perfectamente en este punto a qué atenernos; sabe S. S. perfectamente lo que quiero decir cuando indico que la monarquía española ha sido una monarquía democrática siempre.

Ni podía ser otra cosa; las mismas circunstancias históricas a que se refiere el Sr. Escosura, nuestra guerra de los siete siglos, en que España brilla por la perseverancia más aun que por el valor, todo el mundo sabe fué la causa de que el feudalismo no haya podido echar hondos raíces en España. Así resulta que España ha sido la nación menos feudal de toda Europa; es decir, aquella en que los Reyes son los defensores más legítimos, más decididos de los intereses populares que en ninguna otra parte de Europa y del mundo.

Y es cierto que dentro de España sucede esto en toda la extensión de la Península, pero en unas más que en otras; un poco más feudal es Aragón que Castilla; bastante menos feudal es Castilla que Aragón. Pero esto no destruye la verdad histórica que yo he asentado, y el Sr. Escosura no puede en manera alguna negar que aquel pueblo de Europa en que ha habido más perfecta alianza, más estrecha y perfecta inteligencia entre el Monarca y el pueblo, han sido las diversas Coronas de España, y singularmente la Corona de Castilla. ¿Cómo ha de negar esto el Sr. Escosura? Y de ahí que todas las consecuencias que ayer sacaba S. S. discutiendo en este terreno, y partiendo de la base del feudalismo, pueden ser aplicables a Inglaterra; pero no a España, en donde han sido representantes de villas y ciudades tan ilustres como Segovia, Tordesillas, que frente a los Monarcas hacían las peticiones que tenían por conveniente, algunas de las cuales no nos permitíamos hacer hoy.

Hoy es bien seguro que no nos permitiríamos los españoles decir a los Reyes de sus palacios, de sus gastos y de sus personas, lo que los tejedores de Segovia constituían en Cortes de Castilla solían decirles, porque hoy somos más liberales, pero también somos más adúlteros; nuestros antepasados eran, según parece a los liberales, un tanto esclavos; pero levantada y erguida la cabeza decían la verdad a fuer de monárquicos, primero que nadie al Rey. Esta es la verdad histórica, restablecida no por mí, sino por los que han saludado los textos más vulgares que andan en manos de todos, y contra lo cual nada ha tratado de decir el Sr. Escosura.

Conste pues, y con esto concluyo, que si nuestro proyecto de ley es tomado en consideración, y se hacen enmiendas ampliando la incompatibilidad parlamentaria a otras clases que pueden ser aquí, no tan perjudiciales, sino más perjudiciales que los empleados, los que hagan esas enmiendas pueden contar con mi voto. Conste que si el Sr. Romero Robledo o cualquier otro señor diputado presenta un proyecto de ley independiente de este, como en efecto lo debe ser, pidiendo ciertas exclusiones que ya se pidieron el año pasado, puede contar con mi voto, como contarán los que lo presentaron el año pasado.

Conste que si yo propusiera mi sistema sentado en el banco negro, en cuyo caso tengo para mí que habría muchos neo-católicos, esta es opinión mía con la cual a nadie particularmente ofendo; ahora mismo se clavaban mis ojos en el Sr. Riquelme que anunció en uno de estos bancos que si él fuera Gobierno habría muchos democratas en España. Pues yo aseguro que tres veces más habría de neo-católicos en España, si yo fuera presidente del Consejo de ministros. Conste que si yo fuera ministro, propondría la incompatibilidad, sin excepción siquiera de los ministros; pero que hoy por hoy, hombre práctico, diputado, miembro de un Congreso en que eso no podría tener más que siete u ocho votos, cosa que pueden votar todos los partidos, y que no tiene más que a afianzar la administración, a restablecerla, a mejorarla, y al mismo tiempo a afianzar, a restablecer y a mejorar las funciones constitucionales de los Cuerpos colegisladores.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: El Gobierno, es decir, los que nos sentamos aquí, en el banco azul, no habíamos creído deber tomar parte en el debate. Yo tenía el propósito de no hacerlo, y con este fin no me opuse a que se tomara en consideración la proposición del Sr. Nocedal. En la situación de las cosas, es casi exclusivamente de la competencia del Congreso el resolver estas cuestiones que atañen a su independencia y a su autoridad moral.

Pero alguno de mis amigos me ha dicho que pudiera ser que al voto de la Cámara se le diese una interpretación que no debiera tener, y yo me levanto a decir que esta es cuestión de Gabinete; que esta no es cuestión cerrada, como suele decirse; que cada uno puede votar en ella como tenga por conveniente, si bien el Gobierno tomará también la actitud que crea oportuna, y dará su opinión en el asunto.

En estas cuestiones, por regla general, se dejan para el último término de una diputación; pero esto no quita que el Sr. Nocedal presente todos los años su proposición para que la opinión se vaya formando, y poco a poco vayamos. El Gobierno piensa en esta parte que, lejos de aumentarse el número de los destinos que hoy son compatibles, de-

ben disminuirse; pero cree que la ocasión de hacer esta ley no es al principio de una diputación, sino en el término de la misma.

Y una vez espuesta mi opinión, y dejando al Congreso en absoluta libertad de hacer lo que mejor le parezca, me siento.

El Sr. POLANCO: No tema el Congreso que yo ocupe mucho tiempo su atención y retarde el voto que debe dar en este momento; pero debo contestar al Sr. Nocedal que efectivamente he pasado muchas amarguras en la comisión de incompatibilidades, y que por eso mismo, y porque lo creo más conforme con el espíritu que domina en la opinión y con las doctrinas de la Unión liberal, en cuyas filas milito, pienso, en unión de algunos compañeros que me han autorizado para hacer esta manifestación, votar el voto del Sr. Nocedal.

Puesto en seguida a votación el voto particular, se verificó esta nominalmente, resultando tomado en consideración por 94 votos contra 76 en esta forma:

Señores que dijeron sí.

Calderón (D. Pedro).—Conde de Xiquena.—Campredón.—Conde de Campomanes.—Santa Cruz y Magica.—García.—Pino.—Casanueva.—Marques de Figueroa.—Valarino.—Zúñiga.—Ortiz de Zárate.—Echevarría.—Arrieta.—Mascaraña.—Arguinzoniz.—Aguirre.—Miramon.—Cavanilles.—Núñez de Arce.—Sanchez Chicarro.—Gómez Villalva.—Flores.—Fabra.—González Carvajal.—Fagés.—Peñalosa.—Sanchez Milla.—Chico de Guzmán.—Vázquez de Puga.—Reina.—Polanco.—Pérez de Molina.—Otero y Rosillo.—Conde de Torre Novaes.—Neira Montenegro.—Silva.—Garrido.—Vizconde de Villandrando.—Duran y Bas.—Fivaller.—Marques de Villamejor.—Vizconde de Manzanera.—Vizconde de Armeria.—Marques de González.—Marques de Montevirgen.—Rivero Cidraque.—Ruiz Pastor.—Arévalo.—Caballero.—Bernaldez.—Marques de la Torreclilla.—Concha Castañeda.—Esponera.—Hernández.—Estruch.—Fortuny.—Bertran y Amat.—Sisear.—Ferrer y Vidal.—Paz.—Moreno Elorza.—Ballester.—Navasquez.—Casaval.—Sales.—Centurion.—Aranaz.—Capdepon.—Santónja.—Tejado.—Conde de Heredia Spinola.—Lorenzana (D. Rafael).—Falcas.—Torreclilla de Robles.—Torrero.—Viedma.—Navarro Villoslada.—Herrerros.—Nocedal.—Cláros.—Herrerros.—Campos de Orellana.—Conde del Alamo.—Vehy.—Herrera.—Leon Falcon.—Cápana.—Conde de Adanero.—Rodríguez Guerra.—Marques de las Alalayuelas.—Marques de Torre Orgaz.—Villanueva.—Fernandez Blanco.—Zabalburu.—Barrio Ayuso.

Total, 94.

Señores que dijeron no.

Romero Robledo.—Marques de Torreblanca.—Marques de la Vega de Armijo.—Cánovas del Castillo.—Posada Herrera.—Escosura.—Rios Rosas (D. Francisco).—Cuesta.—Lopez de Ayala.—Navarro.—Lasala.—Villalobos.—Milla y Caro.—Duayen.—González Serrano.—Ribo.—O'Donnell (D. Enrique).—Toro y Moya.—Arenal.—Luengo.—Núñez de Prado.—Conde de Patilla.—Campomanor.—Bosque.—Silveira.—Romero Leal.—Malats.—Riestra.—Iñigo.—Camacho.—Alvarez Bugallal.—Ceballos.—Lopez Ballesteros (D. Diego).—Punto de Apechechea.—Leon y Medina.—Fontan.—Riquelme.—Hervaniz.—Pinzon.—Udoeta.—Moreno Lopez.—Pérez.—Hazañas.—Suarez Inclán.—Alarcón.—Vizconde del Pontón.—Chacon.—Ugazon.—Illas y Vidal.—Lopez Roberts (D. Mauricio).—Barca.—Melgarejo.—Cohen.—Martín Díez.—Abellan.—Urbé.—Chinchilla.—Abades.—Lopez Dominguez.—García Gómez.—Conde de Vilches.—Lopez Guizarro.—Alonso Colmenares.—Lopez Roberts (D. Dionisio).—Puentes.—Escario.—Rojas.—Juez Sarmiento.—Auricles.—Gasset y Artame.—Moreno Nieto.—Ballester.—Rodríguez Sanchez.—Pérez Zamora.—Gasset Matheu.—Señor vicepresidente, Romero Ortiz.

Total, 76.

Habiéndose declarado el voto tomado en consideración, pidieron la palabra en contra los señores Romero Robledo, Riquelme y Lopez Dominguez, y en pro los señores Polanco y Capua. Procediéndose a la discusión, dijo

El Sr. ROMERO ROBLEDOS: Señores, que el haber pedido tantas la palabra no me haya permitido empezar a hablar cuando los señores diputados abandonaban estos bancos huyendo sin duda del cadáver del Gobierno representativo. (El señor marques de Figueroa pide la palabra en pro.) No puedo explicar, no encuentro palabras para poder manifestaros el sentimiento que desgarró mi corazón en este día.

No hace aún media hora que el Sr. Nocedal nos decía con toda su elocuencia: «Yo soy enemigo descubierto y franco del sistema parlamentario. Yo traeré aquí la incompatibilidad del cargo de los ministros; pero esto no puedo hacerlo hoy, y me limito a avanzar un paso: voy a recabar vuestros votos hoy que puedo hacerlo, porque no soy tan mal soldado, ni tan mal capitán, que vea cruzado de brazos que vuestra fortaleza está desmantelada, y de dejar de adquirir un triunfo para mí persona y para mi sistema.» ¿Queréis, señores diputados, ayudar a S. S. para que consiga esto?

Yo, señores, hoy, como hace dos días, cuando hablaba por primera vez en esta cuestión, doy gracias al cielo porque mi posición me permita defender aquí a la respetable clase de empleados, sin tener lo más mínimo a la maliciosa intención. Yo me uno a esos 94 diputados que han tomado en consideración el voto particular para renunciar a todo lo que puede sernos personal, para jurar que no admitiremos destino ninguno, ni de este Gobierno ni de otro; pero no creo que debemos marcar con un hierro ardiente la espalda de la respetable y benemérita clase de empleados; no creo que debemos sujetarlos en lo sucesivo a lo que hagamos nosotros ahora.

Me me desalienta, señores, la deserción que se nota en estos bancos; tal vez, si esos señores diputados que apoyan el sistema del Sr. Nocedal me oyese, variarían su opinión, y no se alistarían, como defensores, siquiera sean momentáneos, del sistema contrario al Parlamento.

Yo creo que con este voto han lastimado S. S., han herido profundamente el sistema parlamentario. Yo he creído de mí deber, cuando he visto el dictamen de la minoría tomado en consideración, pedir la palabra en contra. La argumentación que se hace en favor de la incompatibilidad, tiene por base una desconfianza grandísima del corazón humano, que el Sr. Nocedal lleva hasta el punto de querer alejar por completo la política de estos Cuerpos, y convertirlos en una cosa parecida a lo que son en el vecino Imperio.

¿Qué bienes nos van a resultar, señores, de esta votación? Yo os quiero preguntar a los que apoyáis el voto: ¿Creeis que debéis cerrar estas puertas a la inteligencia? ¿Creeis que puede excluirse de aquí la ambición de hacer el bien del Estado, cuando esa ambición se satisface por buenos medios? ¿Entendéis que no deben tomar parte en la formación de las leyes aquellas clases que no han heredado con grandes títulos, grandes bienes, aunque tengan inteligencia y virtud bastante para ello?

Si los electores, a quienes dais el derecho de mandar aquí sus representantes eligen en uso de su derecho a un empleado a quien creen digno y capaz de abandonar su destino y pedir un pedazo de pan, antes que sufrir una humillación, ¿por qué le habéis de arrojar de aquí? No recordáis lo que sucedió en la época pasada cuando una media de Unión liberal, y el eminente republicano que hoy preside nuestras sesiones? ¿Cuánto tiempo vació para arrojar la embajada de Roma cuando dejó de estar de acuerdo con el gobierno? ¿Cuánto tardó después el Sr. Mon en arrojar la embajada de París? ¿No hay otros muchos empleados que han hecho lo mismo? ¿Han sido acaso empleados los que, por razones que yo no critico ahora, han infringido la ley de incompatibilidades? ¿Qué razones dais, pues, para que no vengan aquí los empleados? Yo

comprendería que se pusiera vetos en la puerta de salida; pero no los comprendo en la de entrada. Si se aprueba el dictamen que ahora se discute, ¿con qué autoridad moral vamos a decir a los electores que la elección que han hecho hace pocos meses ha estado mal hecha?

¿No habéis visto, señores, que las diputaciones de varias provincias se conciertan para evitar que se hagan en la legislación ciertas novedades que pueden serles perjudiciales? ¿No recordáis lo que sucedió aquí el año pasado en una cuestión de harrinas? ¿No sabéis lo que está pasando en la cuestión de los trigos? Puestas estas cuestiones han podido ocasionar la caída de este ministerio, y ya comprendéis que en otro Congreso menos hidalgo que este, y con otro ministerio menos digno que el que se sienta en ese banco, hubieran podido tener lugar una serie de transacciones que no se hubieran hecho por esa clase que tratáis de arrojar de estos bancos, y cuyo resultado hubiera sido la votación de tal ley de imprenta o electoral, u otra política, a cambio de una concesión en esas materias económicas.

Yo, señores, debo ya concluir; pero al hacerlo, os recordaré que el Sr. Nocedal ha tratado hoy de aprovecharse del candor de ciertos diputados y de las circunstancias; ya lo ha conseguido hasta cierto punto; seguid por el camino que habéis emprendido, y habéis consumado la ruina de nuestras instituciones. Ya no podréis venir aquí los funcionarios dignísimos, o vendrán dejando sus destinos; pero vendrán a procurar desde luego que se anule el voto de hoy, que para ellos cabe en el terreno de la doctrina decir que es una obra de iniquidad. ¿Sabéis lo que sucederá entonces? Que todos los que antes eran candidatos a los puestos públicos, serán candidatos a las carteras ministeriales, y que en vez de ocho personas en cada partido que aspiran a ocupar esos puestos, habrá mil.

Yo no espero convencer a los señores diputados que han aprobado el voto particular. ¿Cómo he de convencerlos si no han querido oírme, y estoy rodeado solo de los que piensan como yo? Pero les suplico que mediten lo que van a hacer antes de dar un voto definitivo.

El Sr. POLANCO: ¿Cómo le ha dolido la derrota al Sr. Romero Robledo? Por esa herida puede calcular S. S. las que yo he sufrido mientras he sido de la comisión de incompatibilidades. Yo no tengo el talento de S. S. para defender esta cuestión, pero sin embargo, habré de hacerlo por más que no esté completamente de acuerdo con todo el voto particular.

El Sr. Romero Robledo dice que este voto es atentatorio al régimen parlamentario. Yo creo que la incompatibilidad absoluta es una cosa excelente para el sistema representativo, y la única que puede oponerse a esa variación de Gobiernos que hay aquí por desgracia con tanta frecuencia.

Yo no tengo para qué hacerme cargo de lo que S. S. ha dicho acerca de los empleados, a los que no ataco de modo alguno. No; yo creo que pueden venir todos; pero pueden venir renunciando sus destinos y cobrando sólo el sueldo que tienen en situación pasiva.

¿Es esto poner un estigma en la frente de los empleados? No; si lo fuera, ese mismo estigma habría puesto la comisión en la frente de la mayor parte de los individuos de esa clase, cuyos cargos no son compatibles, según el dictamen de la mayoría.

¿Y es acaso cierto que no haya ilustración más que en los empleados? No; muchos diputados han habido aquí que han sentido plaza en los empleos públicos haciéndoles directores generales. ¿Y no eran ilustrados cuando se les nombró para semejantes cargos? Claro que lo eran, como lo son el señor Romero Robledo y el Sr. Cuesta, que no son empleados.

Que vendrían aquí comerciantes, industriales, etcétera; pero, ¿no es esto un palenque donde debe discutirse todo? Pues que vengan todas las clases, y entre ellas que vengan los empleados también, pero que vengan como yo; y así como yo dejo mi casa y mis negocios, que dejen ellos sus destinos. Yo no tendría inconveniente en que vinieran aquí empleados que hubieran hecho su carrera en la administración, y no en la política; pero lo que no quiero de ningún modo es que se salga diputado para ser director, o subsecretario, o consejero de Estado.

En cuanto a la deserción de que ha hablado su señoría, ni yo ni ninguno de los señores diputados desertamos de nuestros principios, y por eso venimos hoy a mantener la incompatibilidad absoluta. Yo quiero esta incompatibilidad, primero, por el prestigio del Congreso, y después por el del Gobierno, y el prestigio del Congreso y el del Gobierno son lo que he querido siempre. No hay corporación alguna en que no se necesiten condiciones para ser miembro de ella; no pueden ser de ayuntamiento los que tienen contratos con estos cuerpos; no pueden ser diputados provinciales los que tienen ciertas condiciones; ¿por qué, pues, no habremos nosotros de exigir también algunas condiciones para venir aquí?

También creo yo la incompatibilidad conveniente al Gobierno. He visto siempre que cuando un diputado, por cualquier motivo, se pone de oposición al Gobierno, nadie dice nada. Pero si este diputado es un alto funcionario, ¿no ha visto el Sr. Romero Robledo que todos dicen que se abandona al Gobierno, y que esto hace mucho daño, sobre todo si ese diputado viene aquí a leer comunicaciones que ha recibido de sus jefes, como su señoría puede recordar muy bien que ha sucedido algunas veces.

S. S. decía que divorciáramos la administración de la política, porque cree que la fuerza de la opinión está en los empleados. Esto es desgraciadamente muy común, porque todos los Gobiernos, en cuanto lo son, tratan de hacer suya toda la administración del país; pero, sin embargo, no es cierto, y así es que cuando uno de esos empleados se separa, se ven abajo los Gobiernos. ¿Sabe su señoría por qué duró cinco años en su primer periodo la Unión liberal? Porque se apoyaba en la verdadera opinión pública, y no en esa organización oficial ficticia. Demos, pues, participación a los empleados; pero no los demos más de la que deben tener, y que no vengan aquí mientras tengan cargos activos de la administración.

Yo, señores, no he traído aquí esta discusión. Yo estaba fatigado de incompatibilidades, y yo pensaba ocuparme más de ellas, cuando he visto que después de decir que se debían tener pocas leyes y cumplirlas bien, se nos viene con otra nueva más mala, en nuestro juicio, que la que había. No he podido, pues, callarme. (El Sr. Escosura pide la palabra para una alusión personal.) Y decía el Sr. Romero Robledo que los que barrenaron la ley de incompatibilidades no eran empleados; yo no lo sé, pero creo que había en esas votaciones a que se refiere S. S. de todas las clases del Estado.

Pero es singular, señores, que los que opinamos que no haya aquí empleados activos no los lastimamos nunca; y que los defensores de la compatibilidad, para defenderla, se van siempre obligados a herir las demas cosas. Así es que el señor Romero Robledo hablaba a ciertos diputados, y decía que esto podía dar lugar a transacciones.

Yo no creo que nadie trate de desvirtuar una ley por conveniencia propia, y me parece por lo tanto imposible que esto suceda, mucho más entre personas que han merecido la confianza de los electores. Es cierto que los diputados abogan aquí por determinados intereses; pero son los intereses de la industria, los de la agricultura; en fin, los intereses generales del país, y en esto no hay mal ninguno como conoce S. S. y es muy distinto de alegar, porque no dé un destino a Fulano o a Zutano.

Dije también antes que creo este voto más en armonía con los principios de la Unión liberal, y ahora diré que lo creo así, porque en primer lu-

gar el Gobierno no se ha opuesto a que la proposición se tomase en consideración, y en segundo, porque en la ley electoral se ha puesto un artículo de incompatibilidades más tirante que la ley vigente, y que la que hoy proponía la mayoría de la comisión.

Hay en nuestra sociedad actual un espíritu de egoísmo tal, que lo primero que se ve en todas las leyes es si cada uno está o no comprendido en ellas; y si sucede lo primero, siempre se procura echarlas abajo. Es menester, pues, admitir las cosas en absoluto y no andar en términos medios, que no pueden traer otra cosa sino los disgustos que yo he experimentado en la comisión de incompatibilidades, y que deseo que no vuelvan a reproducirse, por lo cual sostengo el espíritu del voto que se discute.

El Sr. ROMERO ROBLEDOS: Señores, molestos nuevamente al Congreso; pero como el señor Polanco se ha ocupado mucho de mi discurso, no puedo yo menos de rectificar algunos de sus conceptos, aun cuando por la brevedad prescinda de los más importantes.

Yo no me he lamentado, señores; yo no me he quedado porque mi dictamen no se hubiese seguido; mi herida me dolía, sí; pero no era por amor propio personal, sino porque creía que era una herida hecha al sistema parlamentario.

El Sr. Polanco ha hecho un argumento que me lisonja demasiado, y por el cual le doy gracias, decir que podrían venir capacidades que no eran empleados, puesto que yo había venido. Yo no admito que este argumento me comprenda; pero si pudiera comprenderme, sería contraproducente, porque cuanto más inteligencia tenga yo, tanta más fuerza debe tener la opinión que sostengo, puesto que en punto a imparcialidad, no soy recusable de ningún modo.

El Sr. Polanco decía luego una cosa que yo no comprendo. S. S. admite la incompatibilidad absoluta, pero no la admite como el Sr. Nocedal. Pues la doctrina es una: ¿cómo se puede admitir de dos maneras? S. S. dice que yo desconfío de los industriales y los comerciantes. No; yo no desconfío de nadie, y por eso tengo confianza con los empleados; pero, ¿cómo S. S. no desconfía de los comerciantes y de los industriales, y de los empleados sí? Contésteme, pues, S. S. que yo soy el que ha hecho ese argumento; y por tanto, es S. S. quien debe darle una contestación, que de fijo no encuentra porque no la tiene. Como el Sr. Polanco dice, los electores ya saben a quién eligen, lo mismo que los elegidos sean empleados o que no lo sean.

S. S. ha creído que yo hablaba el otro día de la ineficacia de la ley de incompatibilidades; no era de esto de lo que hablaba, sino de la distinción entre los destinos compatibles y los destinos que podía nombrar el Gobierno.

Tampoco yo he dicho que el empleado, en el mero hecho de serlo, adquiriera inteligencia, y que una persona inepta se hacía sabia en cuanto se le daba un destino. Lo que he dicho es, que si una persona se labra una carrera, por su inteligencia, y llega por ella a un alto puesto público y puede luego venir aquí, no hay razón que justifique el que se le cierren estas puertas.

Y S. S. decía que un ministro de la legislatura pasada se quejaba de las peticiones de los diputados. Si, Sr. Polanco; pero no era de los que pedían para ellos, sino de los que pedían para los demás; y esto no suelen ser los empleados los que más lo hacen. Hagamos, pues, una ley para que no puedan hacerse peticiones de esta especie; juremos todos no pedir ninguna merced para nuestros electores, y se acabarán estos compromisos de los ministros. Y lo repito, esta clase de peticiones no las hacen los altos funcionarios, que tienen un ancho círculo en que moverse, sino aquellos que no tienen influencia más que en su pobre aldea, y es preciso que tengan contentos a los electores de ella.

No es esto sólo; yo no ofendo a las demás clases que no son empleados, porque esto sería ofenderme a mí; pero digo que haya igualdad para todos, y para que la haya quiero que vengan aquí los funcionarios de cierto orden cuyos destinos les permiten disponer de las horas de la sesión, como vienen los que no son empleados.

Voy a concluir, y lo haré ocupándome de otro argumento del Sr. Polanco.

Decía S. S. que estaba muy conforme con los principios de la Unión liberal, porque el Gobierno pedía la toma en consideración de la proposición. ¿Pero y los primeros votos de esta tarde? ¿No ha visto S. S. el sentido en que ha votado el Gobierno de S. M.?

Con amigos como S. S. no podrá el Gobierno estar muy satisfecho, y si votásemos de esta clase se repiten, no tendrá gran seguridad en ese banco. Yo valgo poco y no se lo que haría, si apoyando a un Gobierno le viese muy lleno de vida y de fuerza; pero si lo veía en la desgracia, bien seguro podía estar de que me hallaría a su lado como lo había estado siempre.

Suspendida la discusión, pidió el señor conde de Valdeagrande que constara su voto conforme con la mayoría en la última votación.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Eran las seis.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DEL DIA. La fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, y San Victoriano y compañeros mártires.—Anima.

SANTO DE MAÑANA. San Agapito, Obispo.—Anima.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de religiosas de Santo Domingo, donde por la mañana habrá Misa mayor con sermón, que predicará D. Alejo Sanchez, y por la tarde en la conclusión de la novena de Nuestra Señora de los Dolores, dirá el sermón D. Raimundo Carrillo, como último día de jubileo, habrá procesión con el Santísimo Sacramento antes de reservar.

Al anochecer habrá ejercicios con sermón que predicará en el Colegio de las Doctrinas D. Benito Romeral, en la bóveda de San Ginés, D. Juan Guerra; en Santa Catalina de los Donados, D. Gregorio de Diego Megía; en los Italianos, D. Pedro García; en Nuestra Señora de Gracia, D. Cesáreo González, y en Monserrat, D. Francisco Aguilar.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora de las Mercedes, en Don Juan de Alarcón, ó en San Cayetano, ó la de la Paz en Santa Cruz ó en San Martín.

Se reza de San Eladio, Arzobispo de Toledo, con rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.

MERCADOS.

Entrado por las puertas en el día de ayer.

5,577 arrobas de trigo.

452 idem de harina.

5,575 idem de carbon.

123 vacas, que componen 52,206 libras de peso.

564 carneros, que hacen 8,631 libras de peso.

141 cerdos degollados ayer, que hacen 29,320 libras de peso.

Precios de artículos al por mayor y menor.

Carne de vaca, de 5,200 a 5,550 escudos arroba y de 0-256 a 0-260 libra.

Idem de carnero, 0-260 a 0,506 escudos libra.

Idem de ternera, de 9 a 9-800 escudos arroba, y de 0-500 a 0-600 libra.

Despojos de cerdo, de 0-200 a 0-256 libra.

Tocino anejo, de 9 a 9-400 escudos arroba, y de 0-400 a 0-450 libra.

Idem fresco, 0-550 escudos libra.

Idem en canal, de 5-900 a 6,100 escudos arroba.

Jamon, de 42-400 a 45-400 escudos arroba, y de 0-600 a 0-700 libra.

Aciete, de 6-600 a 6-900 escudos arroba, y de 0-256 a 0-260 libra.

Vino, de 4 a 4-600 escudos arroba, y de 0-418 a 0-460 cuartillo.

Garbanzos, de 4-400 a 6-600 escudos arroba, y de 0-490 a 0-284 libra.

Arroz, de 5 a 5-800 escudos arroba, y de 0-418 a 0-460 libra.

Lentejas, de 4-900 a 2-500 escudos arroba, y de 0-096 a 0-118 libra.

Carbon, de 0-750 a 0-800 escudos arroba.

Jabon, de 6-500 a 6-700 escudos arroba, y de 0-256 a 0-260 libra.

Patatas, de 0-650 a 0-750 escudos arroba, y de 0-050 a 0-042 libra.

Precios de granos en el mercado.

Cebada, de 2-200 a 2,500 escudos fanega.

Algarroba, a 1-285 id.

Trigo vendido, 2,509 fanegas.

Precio medio 4,540 escudos id.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 22 de Marzo de 1866.

HORAS.	Barómetro reducido a 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	ESTADO del cielo.
		Ream.	Centig.		
6 m.	700.75	4.4	1.7	O. N. O.	Despejd.
9 m.	701.39	4.5	5.6	N. N. O.	Idem.
12 m.	702.37	7.6	9.5	N. N. O.	Nubes.
3 p.	702.45	8.6	10.7	N. N. O.	Idem.
6 p.	705.54	6.7	8.4	N. N. O.	Idem.
9 p.	705.09	4.3	5.6	N. N. O.	Idem.

Temperatura máxima del día. 9.2

Temperatura máxima al sol. 20.1

Temperatura mínima del día. 0.6

Evaporación en las 24 horas. 2.5 milímetros.

Lluvia en id., id. 0.0 id.

DIRECCION GENERAL DE TELEGRAFOS.

Segun las partes recibidas, ayer ha llovido en Gáceros, Huelva y Pamplona.